

GENIIT

sociología
ciencia — literatura



Editorial. — **Ramón Liarte:** La rebelión de la juventud. — **Kierkegaard:** De la compasión. — **Jean Cassou:** El pensamiento y el hombre. — **J. Guerrero Lucas:** Mayo revolucionario. — **L. Tolstoi:** El gobierno de la Iglesia. — **Cosme Paules:** Ojo al quinqué. — **Campio Carpio:** La Internacional y los trabajadores. — **Floreal Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Luis di Filippa:** Federalismo y Libertad. — **Joseph J. Cohen.** — Ellos y nosotros. — **Abraham Guillén:** La política de Stalin perdió la guerra. — **P. J. Proudhon:** El talento y el genio. — Puntualizaciones revolucionarias. — **Juana de Ibarbourou:** La noche.

183

Julio - Agosto 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



NUESTRA PORTADA

EL pueblo español lleva la libertad en la cabeza y en las entrañas. Ha reflejado en la Cibeles, diosa de la Tierra, el anhelo de los campos sedientos y yermos de España, como pidiéndole que los fecunde con los amarillos de sus trigos y los verdes de sus viñedos. Es la política hidráulica de Joaquín Costa y Julio Senador, de Gracián y Mor de Fuentes; es la queja amarga de Larra y la razón mística y filosófica de Unamuno; es el pensamiento vivo de Angel Ganivet y la idea hecha humanidad de Anselmo Lorenzo.

Y sus entrañas palpitan con el rojo de sangre y de claveles, con el oro de los Incas y del sol hispano, con el morado de Castilla, que diviniza y humaniza Velázquez en su Cristo.

No importa que los campos ibéricos estén en erial, ni que el fascismo los haya convertido en campos de concentración y de muerte. Esto no significa más que un paréntesis trágico y doloroso en el curso de la historia de un país. Las sombras que envuelven actualmente a España, en la noche llena de terrores del fascismo, serán un día disipadas por una nueva aurora, radiante y luminosa.

GENIT

**REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA**

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Julio - Agosto de 1968

N.º 183

EDITORIAL

La conquista de la libertad

NO hay fechas únicas en la historia, ni hombres predestinados para dirigir los destinos humanos. Se acabó la época de los dioses del Olimpo. El cesarismo romano dejó de existir cuando Petronio prefirió el suicidio honroso al servilismo indigno. No seamos esclavos de ningún mito cuando tenemos la posibilidad de vivir como hombres libres. Veinte siglos de civilización cristiana no han conseguido romper las cadenas que oprimen al hombre rebelde y justo. La doctrina de la resignación permanente nos ha convertido en corderos de Panurgo. Y es que los mansos llevan esquilas en el cuello para anunciar la llegada del pastor, con el fin de que el lobo pueda ocultarse y esperar la ocasión propicia para hacer una nueva presa.

La noche de la tiranía es larga siempre. Cuando el sol despunta hay que levantarse. Ponerse de pie porque el monstruo dictatorial no descansa. Dormir es de entregados a la fatalidad. Huir es propio de traidores que no saben mantener posiciones firmes e ideas generosas. Seamos consecuentes y tesoneros defendiendo una doctrina que nos honra y una posición que nos da prestigio. Sólo los cobardes abdican ante los soportales tétricos del despotismo.

La idea de la libertad prendió la luz que brilla en nuestro cerebro. No hay nada más bello que la luz. Siguiendo los resplandores de la naturaleza emprendimos la caminata que nos ha llevado de las catacumbas de la muerte perezosa a los umbrales gloriosos de Salamanca, la Sorbonne y Nanterre. Afortunados fueron los que vislumbraron el gran camino.

Luchando por la justicia social se hizo nuestra conciencia recta y de pie. Para nosotros el Derecho significa orden y el amor dignidad. En las horas de prueba forjamos nuestro carácter revolucionario. La cabeza y las rodillas de los revolucionarios insobornables no se han doblado jamás ante los poderosos de la tierra. Majestuosa es la altivez que afirma la voluntad del hombre manumisor. Sacrificio es el apostolado, la entrega noble encarna el martirio; vivir es aprender para enseñar: pensando y sintiendo hemos llegado a ser hombres.

Mirando hacia arriba vemos el cielo vacío y despoblado de divinidades. En los más bajo de la tierra, los altares de la servidumbre y la ignorancia exponen vírgenes cubiertas de polvo, deidades de madera y reyezuelos con la cabeza de trapo. Somos enemigos declarados de todos los cultos que incuban la opresión y el aburrimiento. No hay nada más hermoso que tener un pensamiento libre. La naturaleza nos dice que sabiduría es dolor; pero no hay empresa más noble y alentadora que extirpar amarguras y sembrar esperanzas. El amor al bien es una obligación y un deber.

El dolor de todos los oprimidos, de todos los esclavos, nos ha dicho: Perfectamente sabemos las amarguras que el combate lleva consigo. No es esto lo que importa. Lo decisivo es sembrar la emancipación y la vida. La simiente de la libertad se fecunda en mayores proporciones en los surcos abiertos por el sacrificio.

¿Somos los últimos rebeldes?

Oportunamente lo habíamos dicho: detrás de nosotros vendrán los jóvenes más juveniles. La vida no se acaba. El combate continúa. Y es que la reacción siempre gana las bata-

llas parciales, pero la causa de la libertad conquista triunfos definitivos. Jóvenes amigos, inquietos y revolucionarios: No esperéis nada del Poder. Nada os dará que antes no os haya usurpado; previamente, arrebatado, y luego hace ver que concede lo que no es suyo. Pero sabed una cosa: habéis conquistado la batalla del tiempo. La vida es vuestra, el progreso está en vuestras manos. Sois la idea del bien.

Hay veces en que la semilla, desdichadamente, parece que escasea, pero anida en las entrañas de la tierra. Y el pensador del renacimiento agrega: Destruída en un sitio, renacerá en otro. Sólo los convencidos y los fuertes saben hablar alto cuando llega la hora suprema. La cobardía política ahoga la sociedad. Quien no es capaz de pronunciar la palabra justa es porque tiene miedo a las grandes acciones. No se puede esperar la revolución. Hay que impulsarla. La libertad debe ser engendrada para que dé su parto fecundo y bienhechor.

La debilidad crea la autoridad; el quietismo conduce al despotismo. No se trata de criticar a los gobiernos, sino de protestar atronadoramente contra la dictadura, venga de donde viniere.

La libertad desaparece en ciertos procesos de la vida, no por falta de sabios y de genios, sino por falta de temperamentos y de voluntades.

Que no se desdigan las palabras en que creemos; que no se dobleguen los actos que hemos llevado a cabo; que nuestra lucha sea el exponente exacto de la rebelión consciente y creadora.

Nosotros no sabemos de silencios oportunistas, de intenciones bastardas ni de conllevancias al socaire del oprobio. Hay que luchar sin tregua ni descanso contra las fuerzas del Mal. Luchar hoy, mañana y siempre. Hay que acabar con este mundo de superelegidos y lacayos, para forjar una sociedad de hombres libres.

Los mártires que el mundo ejecuta hoy, serán adorados mañana. En los patibulos donde expira la verdad, se gesta el triunfo de la razón que ha de orientar los altos destinos humanos. No servir a la libertad cuando ésta se halla en peligro y nos pide ayuda, es propio de castrados y viles. Si pensar es vivir; si sentir es vivir dos veces, luchar es eternizarse. No existe pensamiento sin acción ni idea sin acto. No se escapa al sentimiento de la idea, si se lleva en sí.

Los tiranos son enemigos del género humano, que, ni el hombre íntegro puede perdonar ni la justicia debe otorgarles clemencia alguna. Cuando los tiranos extienden la sombra sobre los pueblos, el derecho y la moral se cubren avergonzados; pero los grandes rebeldes no se dan por vencidos porque saben que no hay grandeza posible al margen de la justicia ni causa generosa y digna fuera de la libertad.

Nuestra lucha está perfectamente definida: De la misma manera que la tiranía no perdona jamás a los justos, la libertad no absolverá nunca a los verdugos. De ahí que las revoluciones sean imagen y semejanza de los hombres que las orientan y administran. Hay victorias que no capitulan, y preciso es soportar su resplandor. Por ser anarquistas no creemos en el sér predestinado; despreciamos el culto a la personalidad, mas sabemos reconocer y admirar la obra realizada por los grandes hombres.

Hombre perseguido, hombre querido; hombre sacrificado, hombre venerado. Es la libertad el sueño de los caracteres nobles y firmes. Por eso mismo, los grandes hombres, al defender la libertad se ennoblecen para amar a los demás. La libertad es bondadosa, mas no ingenua ni boba. No perdona al tráfuga. Es humana con los humanos, pero inflexible con los dictadores. La tiranía es irredimible. Y es que, en cualquier parte puede existir una nación, pero no un pueblo libre para un hombre digno.

La lucha por la libertad lleva implícita la aureola del sacrificio. Nada viene de la nada. Todo es producto del esfuerzo de los luchadores insobornables. Vivir en el destierro es amargo, pero espantoso y trágico debe ser morir desterrado como han muerto los grandes soñadores del mañana. Aún existe algo peor: la vida desgana del resignado y cobarde. Por eso hemos de gritar hoy como ayer: No hay tierra extraña cuando se es libre, ni tierra sagrada siendo esclavo. Para ser libre no hay que someterse a ninguna ley ni darse por vencido de antemano.

Hasta el presente la justicia ha sido confiada a los poderosos, que han impuesto su ley en detrimento de los humildes. No hay libertad sin justicia ni justicia sin libertad. La libertad total rebaja la justicia. La justicia total estrangula la libertad. Una revolución merece todos los sacrificios, incluso el de la propio vida, cuando sabe oponerse al imperio de la muerte. Quien muere por la libertad no considera morir definitivamente, ya que deja en marcha una revolución fiel a las ideas que dieron vida al hombre y a la doctrina. Ciento cincuenta años de experiencias revolucionarias han enseñado muchas cosas a quienes no queremos renunciar a nuestros postulados revolucionarios: sabemos que podemos emplear la fuerza para oponernos a la violencia, y que no tenemos necesidad de recurrir al terror de Estado para aliviar los dolores humanos. La revolución y la idea no morirán mientras viva el último hombre.

La rebelión de la juventud

por RAMON LIARTE

QUIEN dice juventud habla de la vida, ya que no hay existencia sin juventud. Todo lo que nace tiende a crecer; se reproduce y muere. Con profundo acierto dijo Unamuno: «A la sucesión de individuos diversos se debe el progreso de la especie.»

La vida es una enseñanza permanente. Vivimos aprendiendo y obrando. Si no hay progreso todo es declive, retroceso, nada. Una sociedad que no se renueva y transforma, cae en la rutina. De la rutina nace el entumecimiento que engendra una llamada estabilidad pegajosa, desganada. Tal es el camino del aburrimiento completo, del vacío por doquier, de la resignación facilona que conduce a la muerte. Y la juventud quiere vivir para sí misma, para que otros nazcan, crezcan, se reproduzcan y mueran para dar paso a otras vidas.

La juventud es la estrella del norte que alumbra todos los horizontes. Hemos dicho en cierta ocasión que la juventud tiene razón hasta cuando se equivoca. Pero hoy debemos agregar que no es de sabios ni de cuerdos equivocarse sistemáticamente. No hay error sin maldad. Sólo se yerra a sabiendas. Vamos a ver, pues, si encontramos el manantial puro de la verdad, de la idea, de nuestra propia razón de ser. Se es o no se es; y hay que ser siempre.

La acción de la humanidad es el esfuerzo de todos y cada uno de sus elementos. Somos parte del mundo y al estudio de sus asuntos más palpitantes debemos dedicarnos.

El imperialismo agoniza retorciéndose como una serpiente. Aún puede dar coletazos feroces, sorpresas incalculables. Los estertores de la Rubia Albion, esa vieja tiñosa y raposa, como diría León Felipe, tienen matices agudos y aleccionadores. Los socialistas parlamentarios, más conservadores que la decadente y declinante tradición inglesa, hacen el oficio de lacayos del capitalismo del que hace medio siglo fueron grandes señores. Pero los lacayos no han salvado nunca a los pueblos. Los esclavos, sí. El papel que antes desempeñara la Gran Bretaña lo juega en los momentos actuales el capitalismo yanqui. Pero el imperio de Norteamérica no durará mucho. El coraje del pueblo vietnamita le ha asestado un rudo golpe en el cerebro de oro, hasta lograr fundirle el cráneo. Mas la grieta de mayor profundidad que se ha clavado en el cuerpo del nacionalismo estadounidense, es el despertar venturoso de los pueblos americanos de habla cas-

tellana; la América nueva que aún recuerda el Mensaje de San Martín, de Bolívar, de José Martí, de Zapata, Madero, Pancho Villa, de Rizal y de Flores Magón. Esa América de nuestros amores que habla en español y pronuncia la voz revolución con un acento agudo como puñal que atraviesa las negras entrañas del imperialismo, tiene la voz de bronce, el sentimiento libre y el pensamiento puesto en una humanidad reconciliada, mulata, mas no mutilada, llamada a orientar los más altos destinos de la especie humana, del futuro, cuna del hombre libre.

Si a esto agregamos la denominada revolución negra o de color, que tiene todos, absolutamente todos los colores de la tierra y el espacio, fácil será colegir que no hay cuña peor que de la misma madera. Contra el racismo y el imperialismo, made in U.S.A., se levanta llena de valor la juventud inquieta y revolucionaria de Asia, América y Europa. La juventud está despierta, protesta, avanza. Quiere acabar con el sistema capitalista sin tener aún una conciencia forjada por el socialismo y la libertad; pero ¡qué sublime despertar y qué grande su ventura! Todo llega en la vida y la juventud no podía quedar tumbada en la cuneta del camino.

Un acontecimiento de no menos importancia se viene produciendo en los dominios geográficos donde el comunismo totalitario tiene impuesta su hegemonía a base de cañones, carros de asalto y aviación. El mito de Stalin ha quedado partido como el dedo del polaco invasor cortado por el sable de Taras Bulba. El mundo comunista ya no comulga con ruedas de molino. La mitología del zar rojo, padre de los pueblos, queda enterrada como un pasado oprobioso que nadie quiere recordar. La fe en la consigna infalible queda truncada como una flor cortada en cierne. El yogui discute mientras el comisario piensa por vez primera. El trono de la jerarquía suprema se bambolea. Y en la Europa central y oriental, las fuerzas renovadoras de la vida piden la palabra. El socialismo quiere ser libre. Se exige justicia con derechos y obligaciones para todos. El anatema de Proudhon se cumple: «No sustituiréis a vuestros amos mientras no seáis mejores que ellos.» Se clama justicia, se exigen reparaciones multitudinarias. Hungría y Checoslovaquia, Polonia y Rumania, protestan para derribar el tinglado afrentoso de la dictadura estaliniana. ¡No más burocracia, no más opresión, no más ofensas!, es el grito de los jóvenes revolucionarios. La

cultura alumbra los horizontes de la liberación y el socialismo.

La estabilidad placentera del capitalismo y la burguesía; la mediocridad del Estocolmo del domingo verde, de la bella Copenhague y el apacible Luxemburgo y los países del Mercado Común Europeo se marchita como pálida flor de lis. En los entronques técnico-industriales del capitalismo la insurrección juvenil crece como una ola gigante y arrolladora. Desde Italia al Japón, desde Alemania a Estados Unidos, las nuevas promociones intelectuales y obreras, los descontentos del actual estado de cosas se rebelan para pedir una nueva vida.

¿Qué lenguaje hablan? ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? ¿Qué es lo que quieren? ¿Hacia dónde encaminan sus pasos?

No son babelinos que quieren construir un mundo nuevo sin ladrillos; son hombres que trabajan y estudian para hacer una nueva humanidad. Hablan muchos idiomas, pero se entienden perfectamente porque se expresan como hombres libres. En el pentágono de la revolución mundial las notas son sonoras y vibrantes. Juventud de todos los pueblos que pronuncia la palabra **anarquía** para condenar las injusticias y humillaciones del mundo viejo y que quiere un socialismo ausente de comisarios y verdugos, poblado de hombres fraternales y hermosos, yo te saludo y admiro, cuento tu presencia y te digo: ¡Tuya es la vida, no retrocedas, marcha hacia adelante!

El acontecimiento de que entre una nueva generación en la sociedad es una cosa de una importancia decisiva. El problema que se plantea a los sistemas directores es que hay que educar y forjar a los jóvenes para una vida nueva y que los educados en los conceptos caducos y los dogmas muertos, son viejos perdidos en el sendero del progreso sin fuerzas ni energías para levantar una nueva civilización que nos permita vivir y trabajar para crear lo que somos y lo que podemos y debemos ser.

LA LECCION DE LOS HECHOS

¿CAUSALES son las causas de la actitud de la juventud mundial frente a los poderes estatuidos y a las hegemonías estatales puestas en presencia?

No siempre se tiene el acierto de encontrar la táctica más apropiada para adoptar una posición más o menos objetiva en cada hora de la historia. Sin embargo, podemos estar seguros de una cosa: el anarquismo no va en las alas del ensueño; no se ha equivocado en lo elemental y fundamental de los acontecimientos. Las leyes de la evolución y el progreso patentizan que no estamos desbordados por las corrientes renovadoras del pensamiento, la ética y la moral. Si tenemos deseo de avanzar es porque dejamos huellas en el camino que pisamos. Un aire de renovación remueve los cimientos de la sociedad actual. Los factores determinantes de la crisis son los siguientes:

a). — Hundimiento del catolicismo, el protestantismo con sus diversas facetas ortodoxas, evange-

listas, cismáticas, etc., porque la religión no llena el vacío interior del hombre ya que dios ha muerto como símbolo del más allá a causa de los avances del hombre y de la ciencia.

b). — Bancarrota del sistema capitalista que agniza con sus desigualdades económicas, sus jerarquías y burocracias inservibles y parasitarias.

c). — Desgajamiento del marxismo como concepción única de la historia con sus partido único, causas únicas y revolución total que no se ha realizado sino de manera fraccionada, parcial, partidista.

d). — Ocaso del socialismo parlamentario por haber abandonado sus orígenes fundamentales, pretendiendo conjugar el marxismo con el liberalismo, la lucha de clases con el interés de los poderosos, ensalzando la igualdad político-jurídica sin establecer la igualdad económica y social.

e). — Uso y abuso de la democracia al estilo burgués que tiene por objeto defender la patria, garantizar el orden del poder político, servir a la ley y que declara insurrecto y rebelde al que lucha por nuevas formas de justicia para servir al pueblo.

f). — Fracaso de los sistemas totalitarios, del poder personal y omnipotente que va desde la monarquía hasta el Estado proletario o el poder oligárquico.

g). — Quiebra fraudulenta de la llamada «Revolución cultural» china, al no haber conseguido orientar la revolución moderna internacional y degenerar en un nuevo nacionalismo, en una religión sin más dios que el jefe, en un mentido internacionalismo que nada tiene de socialista ni de humano.

h). — Apocalipsis galopante del obrerismo internacional con sus organizaciones mastodónticas puestas al servicio del capitalismo y de los respectivos Estados de opresión.

i). — Exacerbación del racismo, sojuzgamiento de los pueblos rezagados, fomento de la violencia política para mantener el poder a costa de todos los procedimientos más injustos e inhumanos, dando lugar a que el militarismo se convierta en organismo director de todos los Estados más potentes de la tierra.

j). — Rebrote de las concepciones principescas, cesaristas; deformación de la juventud, castración de las filas obreras más viriles, apogeo del poder personal, del culto a la personalidad y de las huestes nefandas de la esclavitud contemporánea.

k). — Inutilidad completa de los organismos políticos y económicos de tipo internacional así para evitar la guerra, luchar contra el paro obrero, combatir eficazmente el hambre y establecer una Europa federal capaz de llegar a la Confederación Mundial.

l). — Triunfo relativo de la revolución cubana, que comienza a patrocinar la revolución desde ángulos independientes y libres tanto de la Meca de Moscú como de la de Pekín. Postura digna y honrada de los revolucionarios como Guevara, que, a semejanza de Zapata no se entregan al poder, sino a los sedientos de justicia que piden Tierra y Libertad, Derecho de los pueblos a administrarse a sí mismos.

m). — Solidaridad efectiva de la juventud con

los hombres rebeldes que en la Península Ibérica luchan contra las fuerzas del fascismo y el medio, para establecer la auténtica democracia política, social y económica. La juventud revolucionaria del mundo está con la España de la idea y el trabajo y su apoyo moral lo hace sentir en cualquier momento ante los dos mundos políticos que dirigen la vida de nuestro universo.

Madrid y Barcelona, Bilbao y Sevilla, Nanterre y París, Río de Janeiro y Caracas, Praga y Varsovia, Berlín y el mismo Moscú conocen el clamor unánime de una juventud que no quiere perecer asfixiada en la cámara de gas del capitalismo y el Estado modernos.

Los jóvenes libertarios y antifascistas sacrificados estos últimos años por la reacción española; los nombres de Lumumba, Humberto Delgado, Martín Luther King, Rudi Dutschke, Che Guevara, Delgado y Granados, no han muerto por nada. Su sangre generosa ha regado la tierra. La simiente de la libertad no muere. Oh, juventud querida, no busques la vida inmortal que no existe, pero lucha por la inmortalidad de la vida que vale más que todos los dioses.

Para que la idea se transforme en hecho, es preciso también, que, el hecho se convierta en idea. Cuando la juventud protesta y se rebela es porque la resignación y la apatía no dejan hacer nada. El signo de su rebelión va contra todo el sistema social basado sobre la jerarquía, la dictadura y la opresión de los menos contra los más. Se trata, en suma, de abrir las puertas a un porvenir venturoso y de clausurar un pasado negativo. Toda situación revolucionaria propende a imposibilitar la regresión ya que el progreso rompe con el pasado. Los estudiantes no quieren ser aduaneros de la cultura ni capataces de la ciencia. Luchan para ser libres e iguales. Su lucha presente no será un fracaso sino una victoria moral de primer orden.

La dimisión del comunismo estatal implica el Renacimiento del socialismo libertario, es decir, de la anarquía. Hay que luchar para que no se produzca la escisión entre la doctrina y la realidad. Teoría y práctica, pensamiento y acción; tal es nuestro objetivo revolucionario. No se trata de acumular riqueza sino de distribuir la abundancia para mejor bien de todos; no hay que imponer ciencia y técnica, sino hacer de la técnica y la ciencia bases de la liberación humana.

Los jóvenes son algo más que especialistas de la revolución; son conciencias revolucionarias que quieren transformar el mundo presente, cambiarlo de abajo a arriba. O revolución social, o sumisión absoluta. La opción está hecha: revolución y justicia para que se afine la libertad. El mundo actual es un mundo de poderosos y de sometidos. Necesario es acabar con la servidumbre para que no reine ningún poder nefando sobre la tierra. Hasta ahora el vencedor ha tenido siempre razón. Sepamos defender la razón de los oprimidos para que triunfe la verdad y se consolide el derecho.

EL ANARQUISMO MILITANTE ANTE SUS RESPONSABILIDADES

NO hay nada más fácil, ni más cómodo, que criticar sin ofrecer soluciones. Hay muchas mentes pobres que se pasan la vida presentando enunciados monumentales, pero cuando llega el instante de decir: «Esta es la solución que yo propongo», se encuentran con la boca llena de palabras y el cerebro vacío de ideas. Y con el corazón más seco que una espina. Ante todo debemos ser formales. Ver los defectos y no enmendarlos supone una aberración rayana en la incapacidad y la apatía. No seré yo quien lance piedras al tejado transparente del anarquismo. Por otra parte, **el techo es demasiado alto** y mis facultades no pasan de ser relativas. Y si no pongo en causa a un ideario que amo entrañablemente por ser quintaesencia y supersentido de la razón humana que acepta la verdad venga de donde viniere, menos puedo atacar a mis compañeros de ideas, ya que son obreros del ideal que dan a nuestra querida causa todo lo que tienen, y muchas veces hasta más de lo que pueden ofrecer.

Hay que ser fraternales y sinceros para decirnos las cosas tal como las sentimos y comprendemos. Sin libertad no hay entendimiento. El anarquismo militante, o lo que es lo mismo, el movimiento obrero de raíz y contenido anarquista sufre un proceso agudo que debemos superar. Alguien ha hablado de crisis. No hay crisis donde se lucha y trabaja y se hace lo que se puede. Mas cabe reconocer que nuestro cuerpo orgánico padece una parálisis al tener entumecidos algunos de sus miembros más esenciales. Y necesario se hace emprender una buena gimnasia social correctiva para poner todos los miembros en tensión a fin de luchar con la máxima eficacia y el mayor acierto. Las bases del mundo actual están fundamentadas en la muerte y la rutina; los principios del anarquismo son cultura y acción.

La última lección que el maestro Bakunín dio a los anarquistas fue digna de ser tenida en cuenta. Cuando viejo y achacoso físicamente hablando, agotado por la lucha de toda una vida y viendo que sus fuerzas fallaban, escribió una carta de despedida saludando con emoción al movimiento por él inspirado, y en una frase genial supo decir con acento profético: «Anarquistas, id al pueblo.» Vivir al lado de los que sufren, compartir sus inquietudes y padecimientos, ponerse a la cabeza de toda protesta justa, de toda acción sana, de toda revolución de tipo político o económico para transformarla en social y libertaria, es la obligación moral del anarquismo militante.

Parodiando al maestro de nuestro ideario, importa decir en estos momentos de prueba: «Anarquistas, id a la juventud». Pero id no para dirigirla y servirse de ella, sino para servirla y cultivarla, y sobre todo para recibir sus lecciones que casi siempre son hermosas y fecundas. Los veteranos de nuestro movimiento deben acercarse a los jóvenes. Ese fue también el criterio de Sebastián Faure y de todos los militantes que han trabajado en el cam-

po anarcosindicalista. Desde hace cerca de un siglo venimos sembrando ideas de emancipación y justicia social. Las ventiscas y la borrasca, la tempestad arrolladora de dos guerras mundiales nos ha hecho mucho daño. Se han llevado las parcelas más ricas de nuestros campos, hoy en parte yerros. Y sin embargo, cuando creíamos que todo era pedregal y socarrales, la irrupción de la juventud nos da la palabra exacta, el aliento necesario, esperanza para vivir dichosos. La juventud mundial se manifiesta. Su voz es inconfundible. Lleva resonancias anarquistas, ecos revolucionarios. Es el mensaje de la vida nueva. El renacimiento de un ideal que no desaparecerá jamás de la mente y la conciencia del hombre. Se dirá que esa juventud no está completamente formada. ¿Qué hemos hecho nosotros para formar esas mentes vírgenes y esos corazones sanos como membrillos no picados por los cuervos? Amigos jóvenes: aquí todos somos jóvenes, porque la vida no es un problema de edades ni de generaciones, sino de hombres valiosos e ideas generosas. Hay hombres que son eternos e ideas que cantan el himno de la inmortalidad. Trabajemos codo a codo. En nuestra casa todos somos iguales, desde el sabio justo y rebelde como Reclus, hasta el artesano más modesto del movimiento. Pero el sabio ha de dedicarse a sus trabajos pacientes y el obrero manual a sus actividades

cotidianas. Todos somos necesarios, mas a condición de que cada cual ocupe el puesto para el que esté más preparado y pueda dar más rendimiento a la colmena libertaria.

No nos encerremos en un ateneo determinado. Hay que salir a predicar la buena nueva. Confundirse con los que en todos los países se levantan para protestar contra la injusticia, la mediocridad y la opresión. Que no haya muros que nos contengan ni prejuicios que nos aten los pies. Tenemos una riqueza doctrinal de primer orden. Lancemos ideas e iniciativas por todas partes. A la violencia respondamos con la fuerza, pero al amor con el amor. No capitulemos nunca. No nos rindamos jamás. Contamos hoy con una juventud. Confundámonos con ella, formemos un mismo cuerpo con una cabeza inteligente y un corazón noble. Esa será la mejor presencia del anarquismo en el contexto de la vida mundial. Salir de casa. Desempolvar el tesoro de nuestras teorías. Ampliar más y más nuestro radio. No prescindir de ninguna ayuda eficaz. Colocar en cada puesto de trabajo al más útil y competente. Hacer compatible la eficacia con la idea, el medio con el fin, en una palabra, el objetivo con la finalidad. Sólo así haremos obra de provecho, extendiendo la capacidad de nuestro movimiento y logrando que los esfuerzos de un pasado glorioso no sean estériles.

DE LA COMPASION

por Kierkegaard

A

SI como el desear es la más desdichada de todas las artes de solista, en el sentido en que se toma habitualmente, es la más desdichada de todas las virtuosidades y habilidades sociales. La compasión está bien lejos de beneficiar al que sufre; más bien cobijase y cultivase en ella meramente el propio egoísmo. La compasión sirve de dispensa para no meditar en un sentido profundo sobre nada semejante. Sólo cuando el compasivo se conduce en su compasión, respecto del que padece, de tal suerte que comprende en el sentido más estricto que es de su causa de la que se trata; sólo cuando sabe identificarse con el que padece de tal suerte que, luchando por una explicación, lucha por sí mismo y abjura de toda vaciedad intelectual, flaqueza y cobardía; sólo entonces cobra sentido la compasión, y sólo entonces toma acaso un sentido peculiar, diferenciándose el que compadece del que padece, por padecer el primero de un modo más elevado. Cuando el que compadece se conduce así respecto del que padece, no se trata de un par de palabras de consuelo, de una limosnita, de un encogerse de hombros; pues si alguien se lamenta, es que tiene algún motivo para lamentarse. Si lo demoníaco es un azar del destino, puede alcanzar a todos. Esto es innegable aunque en nuestra época de cobardía se haga todo lo posible para mantener una idea solitaria, en lontananza, usando de toda clase de medios de distracción, de empresas charlatanesco-anunciadas con la **marcha de los genízaros**; como en los bosques de América, se mantiene lejos del campamento a los animales feroces por medio de antorchas, gritos y golpes de platillos. De aquí procede que en nuestro tiempo llegue a saberse tan poco de las supremas luchas espirituales; pero tanto más, en cambio, de todos los frívolos conflictos entre el hombre y la mujer, que trae consigo una refinada vida de sociedad y saraos. Cuando la verdadera compasión humana toma al padecer por fiador y deudor subsidiario, sólo se saca en limpio hasta qué punto se halla interesado el destino y hasta qué punto la culpa. Y es menester desarrollar esta distinción con la pasión pesarosa y al par enérgica de la libertad, de suerte que sea lícito sostenerla aunque se derrumbara el mundo entero, e incluso, aunque pareciese que se causaban irreparables daños con semejante impavidez.

ENCUESTA

El pensamiento y el hombre

por JEAN CASSOU

1. — ¿Sobre qué bases morales y económicas sería posible establecer la paz?
2. — ¿Es posible la pervivencia de la democracia occidental en sus formas tradicionales?
3. — ¿Qué modificaciones son necesarias?
4. — ¿Las democracias populares significan una forma de democracia superior, es decir, más verdadera y más perfecta?
5. — ¿Deben supeditarse los derechos fundamentales del hombre a los intereses del Estado?
6. — El arte y la facultad de pensar, ¿deben ajustarse al credo político del Estado o deben ser libres para la busca de nuevas perspectivas humanas?

NO es posible contestar sin considerar previamente la singularidad de las circunstancias del mundo. El siglo XX es el siglo del totalitarismo. Fenómeno muy particular y nuevo. El siglo XX ha visto surgir regímenes que pretenden dominar el universo e imponerle una doctrina, no universalista, sino universal, extendida a todos los países, a todos los hombres y a todos los sectores de la actividad humana (pensamiento filosófico, actitud política, astronomía, música, circo, pesca y jardinería).

Ello implica la abolición de toda la historia humana, tal como ésta se ha desarrollado en el curso de sus distintas civilizaciones; la abolición de la noción de cultura, que es la continuidad del esfuerzo humano a lo largo de las civilizaciones por él producidas. Dentro del desarrollo de este esfuerzo, y en su momento actual, teníamos la impresión de haber heredado determinado número de principios constantes, encaminados a la universalidad y que iban ganando la conciencia de todos los hombres: es lo que se entiende por cultura. Teníamos conciencia de la energía desarrollada por el hombre, desde sus orígenes, en el ejercicio de su razón, en el descubrimiento de su imperio sobre la naturaleza, en la conquista de su libertad y de su dignidad, en su ascensión hacia el progreso, en concebir para la comunidad regímenes cada vez más justos y fecundos: en una palabra, en la posibilidad de expresarse por obras del pensamiento, de la ciencia o de la belleza. El motor de esta acción continua sólo podía ser la convicción personal; una convicción cuyas búsquedas, pruebas y afirmaciones llevábase a cabo pese a todas las dificultades, a todos los peligros y a todas las tiranías.

Los totalitarismos, por igual el fascismo que el nazismo o que el estalinismo o el que nos prepara el capitalismo norteamericano, niegan esas facultades y ese esfuerzo de la convicción personal. Le oponen el propósito de fabricar hombres ayunos de toda la convicción personal y de toda capacidad para formarse una, y a quienes una autoridad exterior a ellos mismos, superior a ellos, ha de dar una doctrina compacta de la ortodoxia de la que habrán de apartarse y a la que incumbirá regir sus sentimientos y sus actos. Substituyen la libertad del hombre, conquista constante, por el imperio total de un sectarismo mecánico y fanático.

La conquista constante de la libertad es lo que, en el orden de los regímenes políticos, llámase democracia, con todo cuanto dicho régimen implica de revoluciones futuras. Este régimen se halla amenazado, no sólo en su significación específica y en su estado actual, sino en lo que es su esencia más profunda, esto es, en sus posibilidades de desarrollo. Porque la democracia no es, en puridad, tal o cual gobierno actual, sino un conjunto de principios, una concepción del mundo y de la vida, con sus consecuencias; una historia, un futuro. De este futuro es precisamente de lo que se trata. A los hombres de buena voluntad corresponde seguir manteniendo la conciencia de este futuro y adquirir la fuerza necesaria para asegurarlo.

Una de las formas más vivas bajo las cuales se ha presentado actualmente la idea de este futuro, uno de los accidentes, una de las manifestaciones más emocionantes, una de las realidades más preciosas para el destino del hombre, en que se haya encarnada la democracia es: la España de la libertad. La España democrática es el fruto de una

convicción personal multiplicada en la convicción, la voluntad y la suerte de todo un pueblo. He aquí por qué ha sido objeto de las primeras agresiones de los dos primeros totalitarismos de este siglo: el fascismo y el nazismo. Hoy es la puesta y la víctima de los dos imperialismos antagónicos: el totalitarismo bolchevique y el capitalismo americano, totalitarismo en ciernes.

Es éste uno de los casos particulares de una si-

tuación general. Hay, desgraciadamente, otros muchos ejemplos que pueden ayudarnos a darnos cuenta cabal de esta crisis, tal vez la más terrible de cuantas haya tenido que vencer la humanidad. El tener conciencia de ello es la primera etapa que hay que sobrepasar, pues actuar supone antes que nada conocer. La segunda etapa consiste en buscar y congregiar todas las fuerzas que en el mundo son capaces de transformar este conocimiento en voluntad práctica y efectiva.

Conceptos que quedan

El espíritu que anima el universo es esencialmente social. Dentro de esta finalidad el universo ha creado los seres superiores y los seres inferiores, y los ha puesto de acuerdo los unos con los otros.— MARCO-AURELIO.

La tiranía se sostiene sobre la fuerza, la democracia sobre la virtud. — MONTESQUIEU.

La libertad no es el fruto de todos los climas, ni se halla a la puerta de todos los pueblos. — J.-J. ROUSSEAU.

El hombre no es ni ángel ni bestia, pero su desgracia consiste que queriendo hacer el ángel hace el bestia. — PASCAL.

Todo poder es fuente de corrupción y el poder absoluto corrompe absolutamente. — HERBERT AGAR.

El pensamiento hace la grandeza del hombre. — PASCAL.

Cuando el hombre pierde su independencia económica, pierde al mismo tiempo su independencia de espíritu. — HERBERT AGAR.

El día que toda la sociedad trabaje toda para el Estado, la libertad habrá muerto. — HERBERT AGAR.

Ser dueño de los medios de existencia del hombre es serlo también de su voluntad. — H. AGAR.

El hombre que siempre habla de sí mismo, se niega a la vez a sí mismo. — PASCAL.

No llega jamás nada a nadie que no sea capaz de soportarlo. — MARCO-AURELIO.

La sociedad debe basarse sobre un contrato, estableciendo un compromiso recíproco entre los hombres. — J.-J. ROUSSEAU.

Aquel que comete una falta, peca contra sí mismo y aquel que comete una injusticia se hace mal a sí mismo, convirtiéndose en un malvado. — MARCO AURELIO

Mayo revolucionario



por GUERRERO LUCAS

EN el mes de Mayo, en Francia, se ha hecho una revolución. No ignoro cuán aventurada e inverosímil puede aparecer esta afirmación a los ojos de cuantos se hallan hoy entregados más a las consecuencias emocionales — sean de queja o de alborozo — de los hechos acaecidos que al simple discernimiento. Es preciso deslindar las motivaciones íntimas de los sectores enfrentados y los medios respectivos de imponerse, cada uno, materialmente al otro. La formidable conmoción producida adquiere así su verdadero realce, al mismo tiempo que se destaca el carácter nada común de las prolongaciones que no dejará de conocer en un plazo a no dudar corto.

Lo ahora sucedido en Francia prefigura lo que puede ser el futuro próximo de la sociedad industrial, incapaz de redimirse de sus incontables faltas, tanto más intolerables cuanto mayor es el grado de bienestar material. Es pues útil distinguir los alcances efectivos de lo que aquí está acaeciendo.

El clamor de abdicación que ciertos sectores orquestan sólo impresiona a los débiles. De creer en el latiguillo más cotizado del día, hémos de nuevo sumidos en la paz de la injusticia. ¿Cuánto durará esta paz? Sin duda los reaccionarios, amigos de tranquilizantes, se engañan de medio a medio. Y hasta es posible decir que su auto-engaño les complace. Prestemos un poco el oído: nos llega el fragor astuto de los mediocres de siempre gritando gozosamente que la tempestad se calma; que la revolución muere. Según los malos pastores — ¿qué campo no tiene los suyos? — todo se ha quedado en nada. Oráculos en pijama, los inertes de la izquierda afirman que estaba previsto. Un alivio cobardica se abre paso entre las filas temblorosas de la contrarrevolución...

Con el afán de revancha propio a su naturaleza, las derechas se reponen — más penosamente de lo que aparentan — de sus pánicos recientes. Falsamente compungidos, los doctorales de izquierdas desarrollan sus teorías sabihondas y cansinas sobre psicología de masas, comunicación generacional y otras zarandajas varias. Si, los ratones de armario condenan o vaticinan. Como si se inaugurara una nueva temporada de cursis y renegados, obtusos y suficientes creen poder hacer su agosto. Y es que, una vez más, «los árboles les impiden ver el bosque».

La impetuosa corriente del Movimiento de Mayo, sus implicaciones humanas, su enorme repercusión social, no podrán ser contenidas en el estanque maloliente que es el orden restaurado. Orden que,

por otra parte, se consolida en un punto para agonizar en otros, cual lo muestran los ataques subversivos que la juventud mundial le dirige en tantos y tan diversos lugares.

Cuantiosos y muy sonados acontecimientos sacuden al Universo en los momentos presentes. El curso del mundo se hace más y más accidentado. Las convulsiones sociales se multiplican y extienden. Sus ecos van invadiendo hasta los ámbitos más recónditos y tradicionalmente al abrigo del ímpetu popular. La organización de la vida colectiva sufre una puesta en causa sin precedentes. Potentes aspiraciones de superación moral, de progreso y equidad, se manifiestan por doquier. Su espontaneidad cautiva. Su audiencia embarga, sorprende, reconforta, sobre todo. Una nueva decisión, otra sensibilidad hacia el hombre y sus problemas se abren paso en las conciencias de sectores muy amplios y variados, cual despertar de una aurora de promesas renovadas.

La humanidad se estremece. Hay un ansia de creer, de aferrarse a la esperanza, de apreciar y comprender, de compartir e impulsar los afanes renacientes. Todo replanteamiento de las normas en vigor lleva implícito, primero, la decisión subsistente de tender a mejorarlas, al mismo tiempo que entraña, por las luces revividas que el análisis arroja, la posible destrucción — y en cualquier caso el fatal desbordamiento — de los márgenes fijados por el orden establecido, cada vez más abierta y enérgicamente puesto en tela de juicio.

Jamás, en momento alguno, han aceptado los hombres sistemas definitivos. El deseo de evolución ascendente es un sentir inherente a la condición humana. Parte de la vida misma. El instinto de la especie ha sabido alimentarle contra todas las tormentas desatadas por la peste rezagada, reanimarle sin descanso y, según las circunstancias, materializarle en gestos de adelanto irreversible. El movimiento de péndulo propio a la pugna tenaz de los intereses en liza acusa un claro balance de obtenciones humanistas que son otros tantos pasos en el caminar penoso del alba liberadora por que muchos hombres claman. La voluntad justiciera va pues ampliando objetivos. Lanzando nuevas empresas de tono emancipador. Conquistando posiciones hasta ayer inexpugnables. Los fortines reaccionarios van sucumbiendo sin gloria. La causa del hombre aliena con vigor insospechado.

Mas — lección ya permanente raramente confirmada con la cegadora evidencia de los tiempos que ahora corren — toda conquista es el fruto de un

esfuerzo sostenido. Hija de una lucha incierta, generalmente iniciada por minorías conscientes de las carencias humanas, materiales y morales que la sociedad refleja. El espíritu de análisis, de rechazo y sacrificio, es el motor del universo. Clave de todo progreso. Sólo así se han superado las taras más insufribles propias a cada período. Y así son hoy acusadas las vergüenzas infinitas de la sociedad actual, capitalista o comunista. Las situaciones de escándalo subsistentes por doquier y que consagran el fracaso de las fórmulas sociales, pedagógicas, económicas y de Estado que rigen a los humanos.

Pues escándalo insufrible es el hambre en el tercer mundo cohabitando con el ritmo de consumo y abundancia general en Occidente. Cual lo es la animalidad de los bloques de presión — pretendidos ideológicos — en disputa permanente por la hegemonía mundial y la ciega intermitencia de guerras convencionales en sus zonas de influencia. La expansión imperialista enmascarándose en propósitos tan loables como engañosos. La locura nuclear, que hace planear el presagio de un suicidio universal. La carrera de armamentos desterrando el bienestar y la razón de los pueblos. Los dispendios de prestigio ignorantes de la miseria y el dolor de los humildes.

Escándalo los abusos del poder. La aberración centralista. La desigualdad social. La sujeción económica. La indignidad del salario. El pensamiento amordazado. La cultura adulterada. El acondicionamiento de la opinión pública por los procedimientos sinuosos de la propaganda orientada. La frialdad tecnocrática como sola alternativa al idiotismo de las masas. El crimen autoritario de los países fascistas y del contexto de regímenes mal llamados socialistas. La burla escarnecedora del sufragio universal en las tristes democracias del mundo pretendido libre, ejercido — como ya hemos denunciado en repetidos escritos — por muchedumbres extraviadas que la demagogia política conduce al circo o al matadero, según los designios de los mandos en funciones.

Escándalo el innegable desamparo y exilio moral para el individuo que no acepte renunciar a sí mismo, abdicar de su derecho a la libertad, a la vida plena y consciente. Por todas partes el hombre víctima propiciatoria de la máquina estatal. Engranaje de un sistema: Sociedad beata, jerárquica, comerciante y policiaca, negación de los valores humanos más esenciales. Situación hecha posible por la ausencia de formación, de responsabilidad y civismo de un elevado porcentaje del conjunto ciudadano. Ciertamente es que, lejos de propiciar el advenimiento de una sociedad adulta; lejos de contribuir a liberar a los hombres, por el desarrollo más intenso de su personalidad, de su sentido moral y crítico, el Estado forja súbditos adocenados, sumisos, incapaces de asumir el grado de intervención que incumbe, en lo social, a todos y cada uno. Sumisión que es garantía de la autoridad indiscutida a que todos los poderes aspiran. La ignorancia de los muchos, la complicidad de ciertos, la mediocridad de todos legitiman tal desorden.

Dando impúdicos bandazos del crimen al desho-

nor, a la estafa, a la renuncia, despotismo y «democracias» han culminado la traición a las más altas ambiciones de los seres consecuentes, en todas las latitudes. Los derechos no son nada sin la posibilidad efectiva de ejercerlos. Así se han edificado las estructuras irracionales todavía padecidas: Pagándose de palabras, de mitos y diversiones. Alternando la arrogancia con las astutas llamadas a los más bajos instintos de la colectividad. Enarbolando al unisono invitaciones y opresión. Sonrisas y cachiporras. Fórmulas altisonantes destinadas a encubrir la sinrazón de la fuerza. La autoridad estatal conduce a la sociedad de los hombres al abismo.

De ahí el interés vital, la decisiva importancia de esas minorías activas que asignándose la misión de desbordar estamentos logran materializar el inconformismo latente, dándole sentido, cuerpo y fijándole objetivos de orden revolucionario. Se ha de decir, en justicia, que tal misión ha pasado a manos de la juventud. Y no hay duda de que cabe felicitarse por ello. Sindicales o políticos, todos los medios adultos se han integrado al sistema que pretendían combatir. La Revolución Social se ha visto desasistida ante todo por los que afirman hallarse movilizados precisamente en su nombre.

El forcejeo social, que no puede ser disociado de la inquietud humanista, venía siendo tarifado al precio de las concesiones oportunistas de los poderosos. Tristemente reducido a los márgenes inmorales de la obtención económica. Los anhelos más profundos del hombre eran olvidados. La cruzada por la libertad eternamente diferida. El burdel parlamentario y la indignidad burocrática han venido desmantelando toda reivindicación realmente emancipadora. Cercenando de raíz toda veleidad de rebelión. Desfigurando su origen, sus principios y finalidades, cuando no era posible impedirla. Las responsabilidades del izquierdismo rutinario son inconmensurables.

Denunciando con rigor todas las complicidades; replanteando los problemas, la contestación activa, en su terreno más propio, con los términos más justos, la intervención juvenil ha levantado el debate a niveles reparadores, restituyendo a la lucha social su significado legítimo. Y ocurre que, como Francia, un conato — minoritario — de carácter subversivo se baste para inflamar a todas las fuerzas vivas, obreras e intelectuales, contra el orden imperante, abriendo el proceso revolucionario que un poder considerado «fuerte» se confesaba y mostraba incapaz de contrarrestar.

Tal es, entre otras cuantiosas, una de las enseñanzas de la crisis aún latente: la debilidad y evidente desamparo de la autoridad estatal ante la voz de la calle clamando su indignación y el anhelo popular de hacer un mundo mejor. Enseñanza que no es nueva, ni siquiera singular, pero que ha sido oportuno demostrar de nuevo, ahora, y tanto más voz de la calle clamando su indignación y el anhelo digno de interés cuanto que ha sido hecha a expensas de un poder organizado férrea y técnicamente, dotado de medios de control, protección e intervención francamente excepcionales y respaldado, a pe-

sar de todo, por una parte no despreciable del conjunto nacional. Estas circunstancias, que no concurren en tantas de las tiranías actuales, ilustran con nuevo trazo las posibilidades efectivas de combate organizado que se brindan actualmente, contra el franquismo por ejemplo.

Datos que se complementan de una lección accesoría que ya no tiene que ser, que ya no será jamás desestimada de nuevo por ningún sector lanzado a la acción revolucionaria: la inenarrable traición del Partido Comunista — y su apéndice sindical — que, como antes y siempre en España, como luego en Venezuela, al igual que viene haciéndolo a lo ancho de las repúblicas de la América Latina, ha descubierto ahora en Francia su vocación permanente de esbirro incondicional del interés moscovita, acreditado otra vez su ya clásico carácter retrógrado y formalista, su papel de renegado de todas las causas nobles y de aliado objetivo de la «legalidad» burguesa. Tal es el partido «de orden» — como a sí mismo se llama — que ha sido otra vez caballo de Troya de la reacción. Que ha saboteado el impulso de la causa popular y burlado groseramente las ilusiones legítimas de todos los hombres libres.

Los intereses creados, el temor, los atavismos trabajan contra la luz. Tanta miseria moral asfixiando a los humanos sólo podía sacudirse por un espasmo feroz. Cuando el hedor es tan denso, es necesario romper para que el simple derecho a la vida se abra camino. Los estudiantes lo han hecho. Han superado, al hacerlo, todo un mar de dejaciones. Un mundo convencional se ha sorprendido desnudo, señalado en sus bajezas, materialmente enfrentado a sus propias contradicciones. Al soplo de la razón, las estructuras más rígidas se agrietaban, vacilantes. Los infalibles de turno clamaban en el desierto. Y aún resuenan por los aires los ecos estrepitosos de los mitos derribados.

Gobiernos y religiones, partidos, sectas, jerarcas, sindicatos reformistas... Los pontifices de todos los medios inmovilistas han dicho su desconcierto. Su aprehensión es comprensible. La aurora que se avecina está preñada de presagios nada tranquilizadores para cuantos no han dudado en desertar del humanismo. Los hombres se desperezan. El cuerpo social calienta sus miembros enmohecidos. Su despertar puede ser la escuela de defunción de los sectores estáticos.

En el mes de mayo, digo, se ha hecho una revolución. La contestación capaz. Los nexos del mundo obrero con el mundo intelectual. El claro desbordamiento de los cuadros dirigentes por una base exigente decidida a intervenir y preparada para ello. El rechazo de la función rectora predestinada a los medios estudiantiles. El tono de humanidad de las reivindicaciones. Otra conciencia social. Otra solidaridad. ¡Tantos diques anegados! ¡Tantos preceptos vencidos! Combate esperanzador. En el vigor reencontrado, las sombras se hacen humanas. Similar a la potencia misteriosa de la tierra, de las trastiendas del mundo surgen las fiebres eternas que aspiran a devolver al hombre a su condición y que los tarados del dinero y el poder habían decretado muertas. ¡Quién sabe si no asistimos a la reacción salvadora porque sabemos luchar! La verdad cabalga a lomos de convulsiones gigantes. Los hombres quieren creer...

...Yo creo. Sean estas líneas testimonio de mi fe en la Revolución emprendida. Los tontos superficiales hablarán de su derrota: las realidades carnales no se han entregado nunca a superficiales ni tontos. Los otros, que han comprendido, saben que se ha dado a luz una etapa excepcional que impresionará y dignifica a los hombres. Y tan llena de promesas para las fuerzas del bien como de avisos funestos para el mundo carcomido que queremos destruir.

El gobierno de la Iglesia

LOS gobiernos, como las iglesias, no pueden inspirar sino piedad o disgusto. Mientras el hombre no ha comprendido lo que es un gobierno o una iglesia, lo natural es que sienta hacia ellos un piadoso respeto. En tanto que se deja guiar por ellos, debe creer, para satisfacción de su amor propio, en su grandeza y en su santidad. Pero desde que advierte que no hay en el gobierno ni en la iglesia nada absoluto ni sagrado, y que son simplemente invenciones de los malos para imponer al pueblo, de un modo disimulado, un método de vida que sea útil a sus intereses, siente en seguida una impresión de asco por los que le engañan indignamente, y su decepción es tanto más profunda cuanto mayor es la ficción, de la cual descubre la vanidad, que le guiaba en otro tiempo en las cuestiones más graves,

Los hombres experimentarán este disgusto hacia los gobiernos cuando hayan comprendido el verdadero sentido de esas instituciones. — **León Tolstói.**

OJO AL QUINQUE

por COSME PAULES

EN la parte editorial de esta misma revista — CENIT nº 179 — aparece una frase que si no está estampada en letras de oro en el famoso Templo de Delfos — junto con el «Conócete a ti mismo» — debería estarlo, para sabiduría humana, por los siglos de los siglos. Ojo al quinqué: «La existencia y la tranquilidad son para jugárselas a cada instante.»

No es nada remarcar en letras grandes esa frase: hay que tragársela, empaparse en su magnético fluido, si se quieren evitar todos o la mayoría de los males que a este pobre mundo aquejan. Porque querer conservar la existencia a toda costa — mucho menos la tranquilidad — primero, es imposible; segundo, es un absurdo; tercero, conservar eso da tanto como conservar la muerte. ¿A quién puede ocurrírsele — especialmente en los tiempos que corren, — conservar a esa dama? Ignoramos lo que piensan, si algo piensan, los cadáveres, pero sería a ellos solos a quienes podría interesar semejante anhelo de conservación. Pero los cadáveres, si andan, sólo lo hacen hacia el hoyo. Cierro, tanto los vivos como los muertos, caminamos hacia el hoyo, pero... (¿cuándo madurará ese pero? ¿Son o no son tantos los que quieren aventurarse por las cumbres? Entonces no hay más que hablar: para alcanzar las cumbres, primero, hay que despreciar la vida del gusano, y hay que despreciar la tranquilidad del buey. De lo contrario, ambas cosas serán útiles a gusanos y bueyes, pero de ninguna manera señalarán presencias a los seres humanos. Y, dígame lo que se diga, todavía no hemos jugado carta alguna de consideración a ningún «transformador» que pretenda hacer del hombre y la mujer conscientes, bueyes y vacas, gusanos y gusanas. ¿Verdad que no?

Entonces...

Hay que grabarse la viva frase de CENIT, en el lomo y en la cara: hay que bañarse con ella, para

que nos penetre hasta el tuétano. De lo contrario... ¡qué mala vida le espera a quien se deja dominar por el miedo y a quien se deja dominar por la comodidad o el «confort» a toda costa! El o ella — sean quienes sean (altos, bajos, mejores o peores) — ya tienen su merecido. No serán, sino que son, algo menos de lo que puede titularse humano ser.

¡Qué problema! ¿Cuántos no echan al olvido las premisas de Delfos — sean de Delfos o bien le correspondan? — Muchos..., Muchísimos. Y por eso el cantar nos sale ruido infernal del quinto averno.

Hay que vivir. Claro. Nadie niega que hay que vivir. Empero, el gusano y el buey viven su vida natural. Y los que olvidan su premisa más neta, no viven su vida, sino que, por el contrario, mueren en esa «vida suya» y ofrecen, con su muerte, material vivificante de lo que no puede ser... No puede si no se es buey ni gusano. ¿Comprendido?

Tranquilidad, confort, buen vivir, comodidad, regalias del progreso, en fin, neveras, auto, casa propia, lavadoras automáticas, ¿para qué seguir? — sin descontar ni olvidar las vacaciones (éstas tienen rostro de vaca en 0 y en infinito) —: ¡Viva la vida! Aquí me las den todas. Etcétera. ¿Y quién será el tonto que dé algo interminablemente? Todo acaba. Los esclavos, por mucho que se reproduzcan, no matarán los rebeldes y muchísimo menos darán tranquilidad eterna a los querendones de la «dolce vita». No.

De tal manera que hay, por lo menos, dos formas de ver el asunto primordial de la existencia humana: o se anhela un imposible, como ser: vivir la vida a «full», mientras los otros mueren, o mejorar la existencia de todos y cada uno, permaneciendo dispuestos a ser hombres y mujeres conscientes, cada vez que las fibras de nuestro entero ser nos griten: Ten el valor de jugártelo todo a la sola carta de la dignidad humana.

Con repetir que el amor es tan antiguo como la humanidad, no se explica cómo nace en las personas que se enamoran. Sabemos que es diversamente sentido y pensado por cada uno, que no existe «un amor», sino tantos «modos de amar» como personas. Los que disertan sobre «el amor» abstraen en un puro concepto los atributos comunes a los sentimientos de todos los que aman; los «enamorados», distintos por su temperamento y por su educación, son la única realidad que interesa a los psicólogos. El sentimiento amoroso es una experiencia individual, formada sobre tendencias instintivas; tibio en éste; en aquél, vehementemente; en uno corre en lágrimas, en otro asoma en sonrisas. Ora a flor de piel, ora incisivo y hondo, dentro de la unidad del género cada amor que nace tiene una individualidad inconfundible. No hay amor, sino amantes; y en cada uno de éstos, los amores que pueden sucederse son distintos. — Ingenieros.

La Internacional y los trabajadores

por CAMPIO CARPIO

La fundación de la federación internacional del pensamiento socialista revolucionario fue obra de una necesidad hartamente ambicionada, tanto por el espíritu como por la clase trabajadora. Consecuentes de su papel en el desarrollo intelectual de la producción, la distribución de la economía en las diversas naciones de aquel mundo que velozmente confluía al encuentro de nuevas formas de convivencia, las diversas hermandades británicas, alemanas, francesas y españolas — seguidas por el resto de las comunidades europeas — establecieron los contactos para coordinar un movimiento que venía de muy lejos para que diera cuerpo a tan ambicionado propósito.

El objetivo fundamental que animaba a sus inspiradores no era creación especulativa exclusiva. Los auténticos precursores eran los utopistas, gnósticos, esenios. Estaba en las mismas raíces del pensamiento universal y particularmente europeo desde los remotos orígenes, pero que había recibido un gran impulso con el movimiento enciclopedista. La unión de esa formidable fortaleza que constituye el pensamiento clásico de Europa y el trabajo reunidos en una acción común, encontráse, al fin, cumplido al finalizar el siglo pasado. Sus ideas y ambiciones llegaban a encontrarse por vía de la filosofía alemana, con Herder, Hegel y Kant, que buscaban en el tráfico de las ideas una explicación formal a los fenómenos sociales que iban perfilándose en un mundo que se transformaba geográficamente, tanto en la carrera de remoción de las nacionalidades como en la mejor divisa del hombre proletario que ofrecía la materia prima de su trabajo al mercado económico.

Los franceses, que después de Pascal y Descartes se apropiaron del pensamiento humanista en un ángulo de tres siglos, aquel ejército de cerebros pensantes con Montesquieu, Rousseau, D'Alembert, Diderot, Voltaire, Toqueville y los grandes de la Revolución, lanzaron a la calle el producto de sus especulaciones, mostrándonos un mundo desarmado y desarticulado que se desenvolvía artificialmente en una guerra permanente de intereses materiales ajenos a los principios básicos que alimentan a las sociedades. Una división de clases, una propiedad individual e indivisa, un Estado centralista con la tiranía y la dictadura por norte, ausente de los grandes problemas que sacuden a los pueblos.

La Revolución de 1789 al 92, en un desarrollo de tres años como la española de 1936 al 39, aventó aquellas ilusiones idealistas de todos los hombres

que en la tierra habían adquirido y cultivado la facultad de pensar. Los gobernantes de ninguna época han sido muy devotos y diestros a esta disciplina. El gran suceso que todavía justifica y dignifica la presencia de Francia en el mundo, abre las puertas de Europa a una nueva civilización. El asombro hizo temblar al firmamento porque descubría fuerzas ocultas en el alma humana que los gobernantes desconocían. La magnitud de los sucesos obligaba a reflexionar que si tal era el comienzo nadie podría predecir el fin. Y así resultó ser, en efecto, porque desde 1789 la revolución marcha y arrastra consigo nuevos elementos, aporta elementos en la lucha incesante y se manifiesta en todos los órdenes de la vida social, política, económica e intelectual del mundo.

La Revolución inglesa giraba entre un orden económico con tendencia a lo moderno, que intuía como manifestación del progreso y una técnica industrial, acosada por necesidades geográficas, la vecindad con Francia, donde los tizones semiapagados quemaban corazones y cerebros. La necesidad de impulsar la tecnificación en que el imperio depositaba las esperanzas para mantener en actividad su flota y las explotaciones coloniales, obligábala a buscar una salida distinta a la desesperada del pueblo francés. El pensamiento inglés permaneció horrorizado ante los acontecimientos revolucionarios de Francia y no por puritanismo simplemente, sino por los torrentes de lava surgidos de un volcán que hiciera saltar bastillas, y con tales pasiones desatadas sus fuerzas que ni podían detenerse con horcas ni fusilamientos. Era el momento en que el mundo entero tenía que hacerse su confesión.

En tanto, el suelo europeo distribuíase en principados y redistribuíase en reinados sin consistencia, que no aportaban a la solución una sola luz, porque unos tras otros, tenían su vida efímera depositada en las armas de ejércitos mercenarios, donde los pueblos y la cultura, en este trasiego de hombres y de pueblos, nada tenía que hacer. El mismo sistema de enriquecimiento desproporcional a las ambiciones de los poderosos y la miseria extrema de los débiles. La ley de la autoridad como última palabra de gobierno. Desde la antigüedad, de los confines de la historia, tal era el sistema de gobierno. Y en este farrago de especulaciones domésticas, la revolución de la Commune vino a recordar a los potentados, vanamente adormecidos, que el pensamiento insurreccional y la acción desa-

rollada por el candor filosófico a través de la historia resurgía como emblema del porvenir..

La Revolución Francesa fué apoderándose de Europa y del mundo civilizado y tenía varias etapas cumplidas; entraba en el desarrollo de un nuevo proceso.

Contingentes de salarizados obedientes mantienen el equilibrio de la burocracia gubernamental para dictar leyes y hacerlas cumplir por vía del rigor, imponer y recaudar impuestos, dirigir la vida ciudadana y dirimir las contiendas ideológicas de orientación social conforme con el estatuto y las costumbres tradicionales.

Esta es la definición que a nuestra vida de libre empresa democrática nos impuso la Edad Media, cuyos vicios trasplantamos a nuestros días, como si nada hubiera ocurrido. Los avances que desde allí en adelante el pensamiento revolucionario fue conquistado por fuerza de convencimiento, por lógica y cataclismos de luchas sangrientas, ha costado sacrificios tales que sobrepasan a los de todas las religiones. No hablemos ya del hedonismo pragmático y mercantil del catolicismo que mucho antes de alcanzar la Edad Contemporánea echó por la borda la virtud ascética de predicar con el ejemplo. Hoy entraña el nuevo paganismo. Los portadores de la buenaventura, los sacerdotes del culto salen de las escuelas, universidades, fábricas y campos. No están nimbados, sino ungidos por una fatal predisposición a la verdad y una determinada resolución de luchar porque se administre justicia en el mundo. Ellos son los mártires de la nueva fe, que proveen de sangre a los amotinamientos y dan su cuerpo en contingentes de tropa para ser lanzados en la guerra al asalto de fortalezas inexpugnables.

La revolución que proporcionó ideas para constituir la Asociación Internacional de los Trabajadores el siglo pasado tenía cauces torrentosos muy diversos, que confluían en el estuario de ese inmenso río social. Quienes aglutinaron tanta opinión y maneras de pensar para darle cuerpo jurídico en la sociedad moderna, no eran precisamente dignatarios fáciles de congregarse o representantes institucionales, sino simples artesanos integrantes de las

hermandades europeas que habían construido el mundo social del porvenir con elementos aportados por los siglos. Acercarse a esa puerta, deponiendo pasiones, armonizando ideas convergentes para elaborar el pensamiento revolucionario que pervive a lo largo del tiempo, ha sido, sin duda, una virtud indiscutida.

La reunión de tantas voluntades dispersas a través de la historia y de los acontecimientos sociales para formar un frente común de combate al egoísmo, la incompreensión, la ignorancia, la explotación del hombre por el hombre, la desigualdad y el aniquilamiento de los pueblos. Y preconizar la abolición del Estado, sustituyéndolo por un organismo donde la libertad se convierta en ley; de la propiedad privada de la tierra y de los bienes de producción y consumo para construir una sociedad libre por la libertad misma donde cada uno disponga de lo que necesite. Eso preconizaban hombres de la talla de Proudhon, Bakunin, Marx, Engels que habían acudido de todas las naciones para tomar contacto con los pueblos oprimidos, con esas colectividades explotadas que se habían rebelado y perdieran la contienda, quedaban a merced de los verdugos o sometidos pacientemente a la miseria. Era el proletariado de las ciudades, el campesinado de todas las naciones, el estudiantado mundial; los apátridas exiliados, huídos de sus naciones; polacos, rusos, españoles, alimentados con la esperanza de la liberación que redima a esa humanidad dolorida y cuyos ideales redentores paseaba por el ámbito de Europa, América y al resto del mundo.

«Salvémonos por la humanidad», decían aquellos hombres de ideas todos ellos, portadores de la buena nueva, que venían con su mensaje desde los distintos puntos de Europa. Eran representantes de Polonia, Italia, Francia, Inglaterra y de todos los países donde existía voluntad de trabajo común, que discutían problemas mundiales en perspectiva de barrer con la injusticia en el mundo y situarse en la línea avanzada del progreso. Eran combatientes contra los poderes dinásticos y dictatoriales de una Europa que no quería sacudir el yugo del medievo. Era la alianza de la libertad que se manifestaba a través de las hermandades.

De todas las pasiones, el amor es la pasión dominante, el dispensador de las alegrías más puras, el estimulante del altruismo, de los actos de sacrificio y de esplendor. Creador por excelencia, es la selección natural, la belleza y la bondad absolutas, respecto al individuo porque es la felicidad. — Stackelberg.

Las experiencias de utilidad organizadas y consolidadas a través de todas las generaciones pasadas de la raza humana, han producido modificaciones nerviosas correspondientes, de donde derivan ciertas intuiciones morales, ciertas emociones respondiendo a una conducta justa o falsa, no existiendo ninguna base aparente de las experiencias de utilidad individual. — Stuart Mill.

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

ENTRE los militares presentes, «seleccionados», se hallaban dos de los sujetos más perversos y crueles de la anti-España: los generales Millán Astray y Martínez Anido, éste perteneciente al «Estado Mayor» franquista. Ante éstos y otros siniestros sujetos el enano de El Pardo, se «lució» tratando a su esposa como a una delincuente, con brutal lenguaje de dictador, y no como comprensivo y respetuoso cónyuge. Al verse «tratada» así quizás ella no se atrevió a explicarle los verdaderos sentimientos que la impulsaron a acompañar a Unamuno, y temiendo la ira bestial del que bien conoce, más que nadie, se excusara diciéndole que, confusa, se dejó «arrastrar» por el catedrático que se colocó entre los dos y tomó un brazo de cada uno — de Unamuno y de ella — para salir del edificio universitario.

Pero ni fue llevado, seguidamente, a su casa, anonadado, por algunos amigos, como dice Jean Cassou, ni «su ánimo ante la abyección ambiental le produjo su tremenda conmoción física y moral que lo llevaron al sepulcro a los pocos días de la trascendental escena ocurrida en la Universidad», como dijo, en «Le Combat Syndicalista», que aparece en París, el querido compañero Fontaura.

Nada de lo precitado es verdad. El «anonadamiento» o una «tremenda conmoción física y moral» que produce confusiones psíquicas y mentales, inhibiciones y estados de pánico que paralizan la dinámica consciente, no hicieron presa en Miguel de Unamuno como ya hemos podido comprobar.

Cuando la anti-España por boca de Millán Astray sentenció a muerte Unamuno éste no se atemorizó ni se alarmó siquiera. La alarma, generalmente hablando, hace perder la claridad de juicio y provoca un sentimiento de impotencia, más o menos prolongado, que hace que el yo se retraiga. Unamuno fue el ejemplo opuesto: no se amilanó frente a todas las fuerzas franquistas que lo amenazaban de muerte.

El quijotesco yo unamuniano se manifestó bien claro, sereno y potentemente, con vigor inusitado, sin temblor alguno en la voz ni en el gesto. Miguel de Unamuno tampoco sufrió terror y pánico que anulan o lentifican al menos el dinamismo psico-orgánico haciendo caer al sujeto en un estado inhibitorio y dar respuesta inhibitoria a una situación de violencia extrema que cree, al chocar apenas con la misma, que no puede rehuir o superar.

No; en Unamuno no se plegaron ni replegaron los valores biológicos, éticos e intelectuales de su vida individual que lo singularizaban y que lo singularizarían más como genuino Quijote representativo del Pueblo español. Vedlo sino cómo, sin decaer su ánimo lo más mínimo se alzó y se lanzó sólo contra el fasciofranquismo, sin vacilar, con todas sus potencialidades físicas, psicológicas y mentales.

Ante una situación que pone en juego la vida un sujeto puede ser abatido por el miedo y rodar hasta la más profunda sima de la degradación y de la cobardía «arrastrado» por los mecanismos inhibitorios al dejar paralizadas su conciencia y su voluntad de obrar de acuerdo con aquella o lo que es igual a decir: quedar a merced de la situación, dejarse dominar por el sentir instintivo que no puede vencer ni alejarse del peligro, poner «tierra de por medio»; o bien, como le ocurrió a Unamuno que, actuando preocupado sólo por el bien común, sin pensar en sí mismo ni en su propio «fin» físico, «sin escape», ante la misma situación antivital reacciona contra ésta y lo lanza sin saberlo, sin haberlo previsto él mismo, a la más elevada cima del heroísmo humano.

No se hable, pues, en el caso de Miguel de Unamuno de «anonadamiento» ni de que sufrió «tremenda conmoción física y moral» que acabó con su vida. El rector — entonces todavía lo era — salmantino dábale perfecta cuenta de la situación significativa que vivía y de lo que hacía para superarla. Desde donde estaba sentado, en el salón de actos académicos de la Universidad, vio que le apuntaban con armas de fuego, y «leía» en los ojos de casi todos los presentes que anhelaban su destrucción; oyó la condena de muerte por boca de quien podía pronunciarla y hasta ejecutarla, impunemente, allí mismo, en un segundo de tiempo, en nombre del llamado Movimiento Nacional y del mismo «Franco, ese hombre». Y en las miradas canibalescas de aquellos bárbaros carniceros con figura humana «leyó» también que aunque se aplazara la aplicación de la condena el veredicto era irrevocable, firme la sentencia. Pero, ¿en qué momento, hora o día la ejecutarían y qué clase de muerte le impondrían? Estas eran las únicas incógnitas.

¿Qué camino tomar al salir de la Universidad? ¿Dirigirse, solo o acompañado, directamente a su domicilio? Mientras a sí mismo se hacía estas y

otras preguntas continuaba el griterio ensordecedor de los falangistas y demás fascistas. Coreaban a Millán Astray que lanzaba los habituales gritos callejeros: «¡España!... ¡Grande!... ¡Libre!... ¡Viva la muerte!», divisa de Franco-Astray en la lucha por el triunfo de la Anti-España.

Miguel de Unamuno en medio de aquella barahunda agresiva con serenidad imperturbable reflexionó qué hacer. No nos pudo legar con palabras escritas — seguramente las escribió y el franquismo las destruyó también — qué decidió, como tantas otras cosas quedó por decirnos, a sabiendas que era su fin, pero pese a la anti-España liberticida nos las explican sus actos con claridad meridiana.

Sí; bien sabía Miguel de Unamuno que sonó su última hora, ¡la última hora de vida física del Hombre que toda su filosofía basaba en meditaciones sobre la muerte!

Es indudable, pues, que en primer lugar pensó que esa era también la última vez que veía a su querida Universidad, y acariciábala con miradas optimistas, seguro que su sacrificio no sería estéril, que en día no lejano la España del Quijote, ¡su España!, no permitiría que penetrara en ella lo carente de humanitarismo, lo in-civilizado, lo bárbaro.

«Esto matará a aquéllo», pensamiento lúcido de Víctor Hugo, lo repetía Miguel de Unamuno aunque con más vigor y valor humano al exponerlo con palabras y actos, ofrendando su propia existencia: «La Universidad os vencerá». Si, en aquellas horas del 12 de octubre de 1936 el corazón de Unamuno gritaba: «**Pese a todos los sujetos guerreros, crueles, que me amenazáis la Universidad será culminación del saber superior impregnado de humanidad, y acabará con la anti-España que es la in-humanidad por sistema.**».

Así sentía, pensaba y actuaba Unamuno, como sentimos y pensamos los humanistas libertarios de cara al futuro de la España del Quijote que tendrá que organizar la **enseñanza** — en vez de lo llamado instrucción y educación — basándola en la mejor **buena cultura** libre de dogmatismos religiosos, aunque se llamen políticos, para contribuir a formar el sano ambiente de sociabilidad entre los seres humanos, saludable para todos, que termine con los sistemas tiránicos y las guerras que están amenazando de muerte a todas las especies biológicas.

Cierto que para salir de la Universidad de Salamanca a Unamuno lo tomaron de un brazo antes que le ocurriera lo irremediable entre aquéllos energúmenos «desarbolados»; pero no porque estuviera anonadado sino porque estaba ensimismado, entregado a sus últimos sentires y pensamientos que, en tropel, acudían y batallaban en su corazón y en su mente, tan esclarecida y serena en aquellos instantes dramáticos, predominando el **sentir y el pensar que «la vida» es luchar hasta el fin**. Y más todavía al estar convencido que al volver a su hogar éste iba a servirle de prisión, y asimismo de tumba primera.

A Unamuno no se le escapaba tampoco que el fasciofranquismo apenas le permitiría dar cortos paseos, estrechamente vigilado; y que su domicilio

y los paseos servirían a sus carceleros-asesinos, de «trampas mortales». En estas atraparían a sus amigos que se atrevieran a acercársele, sin permiso «oficial», como atraparon algunos y los hicieron desaparecer en «paseos». ¡Y cuantas personas fueron apresadas al ir a pedir tal permiso e interrogadas, a la manera nazi, antes que unas y otras después que se entrevistaban con Unamuno para averiguar de qué hablaron y luego «liquidadas» las sospechosas, en particular las que llevaban escondidas entre sus ropas algún mensaje escrito por el ex-rector salmantino.

De estos crímenes alevosos también tuvo conocimiento Miguel de Unamuno. ¡Y mil veces maldijo al fasciofalangefranquismo y a los gobernantes republicanos que con su «ingenuidad», su necedad, su cobardía y **miedo** a que el Pueblo español prescindiera, para siempre, de tutores políticos, de derecha y de izquierda, de todas las clases, que tan malos resultados le dieron, llegaron a permitir que en España se desarrollara, creciera y pudiera alzarse por medio de su Movimiento Nacional, sosteniendo a sus organizadores en los más altos cargos militares del ejército de la República del 14 de abril de 1931, que, hasta este año, lo había sido de la monarquía!

Pocos minutos tuvo Unamuno para pensar qué hacer tan pronto diera el primer paso fuera de la Universidad. Que nada lo perturbó, lo desorientó ni anonadó, que tomó la decisión que las circunstancias aconsejaban al luchador tenaz, esclarecido por el ideal quijotesco, lo demuestra al no dirigir sus pasos hacia su domicilio por estar definitivamente convencido que al entrar en él ya no lo abandonaría por su pie, que sería llevado al sepulcro a hombros de «curas y de canónigos» o «arrastrado» por un vehículo cualquiera.

La bestialidad franquista tenía acorralado, sin escape, a un padre amante que dio a sus cinco hijos y a sus tres hijas, a todos los nacidos en su España querida y al mundo todo que piensa libremente, el ejemplo socrático del valor inmenso de la personalidad humana que no se deja avasallar, que sabe que el tiempo le dará la victoria final; si, en aquella hora postrera el fascismo tenía en sus manos bestiales a un Hombre grande por lo sencillo, enternecido pensando en los que amaba, con sed de amar más tiempo, de seguir viviendo para poder prodigar y recibir más amor; a un español con todos los más sublimes atributos característicos del Quijote, de la verdadera España humanista libertaria que lucha por la Libertad: a Miguel de Unamuno.

No lo amedrantaron ni sufrió anonadamiento. ¡No y mil veces no! Ocurrió lo contrario: ¡se creció ante el peligro! Luchó, afanosamente, buscando la ocasión de poder continuar dirigiendo la palabra a los españoles, a la España toda. Por intuición comprendía que era la última oportunidad que tenía a su alcance, y quería aprovecharla lo más posible: andar por las calles de su Salamanca querida, donde nacieron sus ocho hijos, camino a su «destino».

No siguió la ruta por la que hubiera llegado en seguida a su casa a descansar de las emociones del

día, de las terribles tensiones psicológicas sufridas; se desvió de aquélla y marchó encoraginado, sin vacilaciones, contraídas sus cejas, más que nunca, señalando su determinación, mirando con sus azules ojos claros, brillando en ellos la indignación, ¡hacia adelante!, hacia el Casino a seguir bregando por sus altos fines quijotescos. Sentía la necesidad afectiva, psíquica y mental, de decir cosas que ya no le dejaron expresar en la Universidad y otras, pensadas, después, más claras y contundentes contra el fascismo. ¡Quería manifestarlas, de una vez, a grandes voces!

Unamuno marchaba como iluminado, erguido, sin pensar un momento siquiera dar, voluntariamente, un paso atrás. Combatiente generoso, por la Justicia, sin «afeites» y de la Libertad, de la «Razón y el Derecho», sintiéndose obligado a actuar como don Quijote, reforzaba su «lanza» mientras caminaba para poder chocar más diestra y fuertemente contra la anti-España. Se proponía dar a ésta, con su penetrante pensamiento, «danzas» con más fuerza de penetración que nunca y el mayor número de tajos de su bien afilado sentir, más cortante que la más afilada de las espadas, para dejarla, al menos, más maltrecha y quebrantada en manos de las nuevas generaciones evolucionadas hispanas que tienen el deber de terminar su tarea: acabar con ella, que es el mal de España.

Avanzaba, pues, resuelto, con la resolución que tantas veces le faltó, como si hubiera estado esperando la hora suprema para ofrecer a sus semejantes, con naturalidad, cuanto de valer contenía su ser: desinteresado, generoso, sin interés político ni monetario, contrariamente a los sujetos que exponen la vida por la ambición mezquina de alcanzar el poder y el dinero. ¡Dando el ejemplo de luchar por el bien común, como ya lo habían dado, antes que Miguel de Unamuno, desde el 18 de julio de 1936, miles de libertarios, perdiendo sus vidas que aquél perdió el último día del precitado año!

Miguel de Unamuno siempre tuvo horror a la muerte sobre la que tanto meditó y escribió; temía perder la vida; quería, por amor a los suyos, a todos los españoles y a la Humanidad, seguir viviendo, pero dignamente, sin dejar de ser, sin hacer dejación de su personalidad.

¡Ejemplar conducta la de Unamuno digna de ser interpretada y seguida por sus paisanos: catalanes y murcianos, madrileños y valencianos, vascos y gallegos, aragoneses y andaluces, en fin, por todos los españoles amantes de la Libertad! ¡No darse por vencidos ni al parecer vencidos por estar desalentados! ¡Saber y querer superar el desaliento y la mezquindad! ¡Que «no hay mal que cien años dure»!

Tal era la valerosa disposición del ánimo de Unamuno como lo fue siempre el de todos los libertarios consecuentes de la C. N. T., y de la F. A. I. y de las Juventudes Libertarias.

En Miguel de Unamuno bullía en esos momentos la pasión humanista más serena y más exaltada, la afirmación justiciera, el más alto sentido de la vida y de la dignidad humana. ¡Vivía todavía, y no estaba dispuesto a enmudecer, a dimitir de

la lucha ética e intelectual, a morir sin combatir al fascismo hasta su último aliento! ¡El que amaba y se aferraba tanto a la vida! Ya lo había escrito: «Yo no dimito de la vida; se me destruirá de ella.»

Animoso, tranquilo, ¡valientemente!, como los verdaderamente fuertes, Unamuno se entretaba con su «destino», con la «suerte» impuesta por la anti-España, sin pensar en su bien ni en su mal, y, por lo tanto, en su apellido siquiera y menos en la inmortalidad. ¡Obraba obsesionado por la idea de no transigir con las fuerzas del mal medieval que se ensoñereaban, transitoriamente, de España, dejándose arrastrar por sus sentimientos de sociabilidad y de solidaridad humana y cumplir así, automáticamente, con su deber hacia aquella, y ser consecuente con la concepción más alta de la universalidad!

¡He aquí, con Miguel de Unamuno, el ejemplo, de «carne y hueso», vivo palpitante del valor supremo del ser digno colocándose más allá del bien y del mal! Es lugar donde el individuo humano puede situarse ignorándolo, sin desarlo ni buscarlo, y ganarse que podamos amarlo y alabarlo, sin endiosarlo, todos los hombres que del Amor hacemos casi una religión, en la única que cree Unamuno: «No creo que pueda oponerse a la religión un sistema filosófico. A una religión hay que oponer otra religión. Yo no creo en los bolcheviques que afirman que la religión es el opio del pueblo. Un sistema filosófico es imposible y absurdo, ya sea el escepticismo o el agnosticismo. Ya sé que existe la religión de la ciencia en la que nunca — sigue diciendo Unamuno — he creído. Pero existe una religión de la fraternidad de todos los pueblos, en la cual creo yo.»

Certero es, pues, el siguiente pensamiento de Nietzsche — del que muchos otros pensamientos rechazamos — cuando habla de situarse «más allá del mal y del bien», aplicándose en el presente, a Miguel de Unamuno: «El hombre nunca se eleva a mayor altura que cuando ignora hacia dónde puede llevarle su destino.»

Continuaba Miguel de Unamuno avanzando por las calles salmantinas seguido por mesnadas fascistas y algunos intelectuales que intentaban adivinar o inquirir qué perseguía por el rumbo que tan decididamente había tomado. Pronto salieron de dudas los últimos, porque empezó a hablarles sobre cuáles eran sus propósitos y hacia dónde se dirigía, sin dejar de seguir marchando erecto y aprisa, con pasos largos, tan desacostumbrado en él, firmes y seguros como si fuera la misma España en marcha por su manumisión.

Seguramente algún acompañante traidor se adelantó y repitió lo que oyó decir a Unamuno, y ya no pudo lograr totalmente su meta: el Casino, pero se acercó lo suficiente para hacernos entender a todos los españoles inquietos y decentes que es preciso no dejar de actuar, de realizar, cuanto se pueda, cada día, por la Libertad del Pueblo español.

Fuerzas de la anti-España, en las que predominaban los falangistas uniformados con camisas azules mezclados con paisanos-polizontes, militares,

guardias in-civiles e intelectuales que hacían el saludo fascista, impidieron que Unamuno traspasara la puerta del Casino salmantino lanzándole al rostro más «rugidos» selváticos: «¡Muera la inteligencia!... ¡Viva la muerte!...» Se los repetían coreando al sujeto que los iniciaba que, seguramente, sabía a qué se «refería» e intentaba acobardar a Unamuno dándole a entender, por si no lo entendió en la Universidad, «qué le esperaba».

Bien que lo había entendido Miguel de Unamuno, y por eso proseguía combatiéndolos. Pero la verdad es que ya no pudo sorprenderlos como los sorprendió en la Universidad. Ahora estaban prevenidos; demasiado sabían los sayones oficiales del «Movimiento Nacional» de qué podía continuar hablando Unamuno en el Casino. De haberlo intuido antes no lo habrían dejado tomar la palabra tampoco en la Universidad, y así poder seguir atreviéndose el franquismo a decir que, con su «silencio elocuente», el rector salmantino aprobaba el régimen medieval. Es lo que éste había estado afirmando hasta el 12 de octubre de 1936 hasta haciendo público que Unamuno «hablaba y escribía» en favor del Estado fascista sin haber podido aquél escribir ni pronunciar siquiera una palabra al respecto. Lo seguro es que falsificaron su firma más de una vez.

Miguel de Unamuno por segunda vez, en el mismo precitado día histórico de octubre, puso al descubierto las mentiras y falsedades que sobre su persona divulgó el franquismo desde el 18 de julio del mismo año, fecha de su alzamiento en España.

Para cubrir las apariencias «degales» y Unamuno seguir reclamando su derecho a entrar al Casino para «conversar» y pasar en él un rato, por ser socio, en aquel mismo momento le comunicaron, burlesca y sarcásticamente, que lo habían dado de baja como acababan también de destituirlo como rector de la Universidad de Salamanca.

No se atrevieron a aceptar el duelo de ideas en el Casino salmantino. Ni en éste ni en aquélla pudieron hacer frente a Miguel de Unamuno, cara a cara, ni siquiera por última vez, como hicieron con Sócrates sus jueces-verdugos.

Pero una vez más, repetimos, Unamuno, pese a las apariencias adversas que lo presentan como derrotado, venció, en este segundo choque del día 12 de octubre de 1936, a todas las fuerzas nazifalangistas que se le enfrentaron, porque su actitud propició la formación ambiental psicológica nacional que, al estallar, dará la victoria final a la España del Quijote.

Las autoridades del llamado «Movimiento Nacional» conminaron a Miguel de Unamuno volver a su casa, sin más dilaciones, inmediatamente, custodiado por policías y falangistas, en calidad de preso, ya «condenado a muerte», que de la prisión — su propio hogar — al cementerio iría a parar.

Pero lo que la anti-España, no pudo evitar, pese al abrumador despliegue de fuerzas con las que rodeó a Unamuno, es que la acción solidaria y re-

suelta de éste frente a las mismas, clamando este hoy, con más vigor que hace treinta años, que lo que no logró él, simbólicamente, lo logrará en día cercano, con creces, **materialmente**, su España amada. ¡Ved sino a ésta, en el presente, asistiendo a la descomposición acelerada del régimen franquista!

Los asesinos de Unamuno se descubren más en Salamanca

No; no fue estéril la actitud de Unamuno rompiendo lanzas, como esforzado paladín de la «Razón y el Derecho», en defensa de la sociedad decente española y del ideal limpiamente quijotesco. Lo reconocen, hoy mismo, los propios malandrines fasciofranquistas.

Confirma lo que acabamos de expresar lo que sigue hecho público, en la misma Salamanca, por el escritor Serna, sin que la severa censura franquista lo tachara ni lo condenara multando y encarcelando al mismo. Publicado dos años después que tuvieron lugar las charlas en Cuernavaca lo consideramos tan importante que no resistimos al impulso de añadirlo hoy a las mismas e intercalar el comentario adecuado.

Los «altos» malhechores del «Movimiento Nacional» en sus guaridas llamadas palacios, preparaban acabar con el influyente «espíritu» de Miguel de Unamuno y el buen recuerdo del mismo con farsas inauditas: con «homenajes» para celebrar, repetimos, «el primer centenario del genial vascongado y el trigésimo aniversario de su muerte».

«Franco, ese hombre», desde la «cueva» mayor de El Pardo, de acuerdo con sus asesores en «crímenes perfectos», aprobó la organización de la nueva agresión a la memoria de Miguel de Unamuno, pero que para tal siniestro fin se reunieran en las «cuevas» inferiores salmantinas sus más «elevados» cómplices de la provincia para tratar cómo llevar a cabo la fechoría en la misma Salamanca.

Enrique Serna, director de la «Hoja del lunes» de Salamanca y presidente de la Asociación de la Prensa de dicha ciudad, en su periódico, con fecha 2 de enero de 1967, publica un artículo en el que relata y comenta, hasta cierto punto, parte de lo hablado en una de las reuniones, a la que fue invitado, que trataron sobre la «conveniencia» política de organizar los precitados «homenajes laudatorios», en el año en curso, a la «memoria» del ex-rector salmantino.

Al periodista Serna le sorprendió y desconcertó, al parecer, que reunidos «altos» funcionarios, uno de los más encumbrados manifestara lo que reproduce en su escrito y que, sin proponérselo Serna, ni insinuarlo éste siquiera, explica, al buen entendedor, cuanto odian a Miguel de Unamuno y qué se proponen, en realidad, con los «festejos» que organizan.

(Continuará.)

FEDERALISMO Y LIBERTAD

por LUIS DI FILIPPO

Esta filosofía política, que por otra parte circula, aunque con un acento menos ortodoxo, en el actual movimiento político social cristiano, tiene muy lejanas raíces a las cuales conviene referirse siquiera someramente. En lo que respecta al núcleo central de nuestro tema, baste recordar que ya Irineo, en el siglo II de nuestra era, consideraba que el Estado era fruto del pecado. «El gobierno — dice Irineo — se hizo necesario porque el hombre se alejó de Dios, odió a sus semejantes y cayó en toda suerte de confusiones y desórdenes.» El Estado, apunta Cassirer en su obra ya citada, era bueno por su propósito, por su administración de la justicia. Pero, de acuerdo con el dogma cristiano era malo por su origen. Era resultado del pecado original y de la caída del hombre. A este respecto había un acuerdo completo entre los primeros pensadores cristianos. Esta doctrina de los padres de la Iglesia, era diametralmente opuesta al ideal de la «polis». Pues «Platón no sólo había encomiado la bondad de su estado ideal, sino que admiró su belleza. Para él, el estado no era tan sólo una de las cosas bellas; en cierto sentido era la belleza misma.» Igual que Platón en su «República», Dante en su tratado «De Monarchia» eleva al Estado a su más alto rango. San Agustín, en el siglo V, sigue las huellas de Irineo. De su obra máxima «Civitas Dei, Civitas soli» han nacido distintas interpretaciones relativas a la real posición agustiniana sobre el Estado. Nadie discute la premisa de su origen condenable, pero son muchos los que piensan que de la obra de San Agustín no surge necesariamente una condena absoluta de la institución terrena. Yellineck, por ejemplo, dice: «Al oponer Agustín a la ciudad de Dios la ciudad terrena y al ver e neste estado terreno una consecuencia necesaria de la caída del primer hombre, el Estado aparece como una obra del espíritu maligno.» Y Del Vecchio, por su parte, sostiene que San Agustín considera al Estado «no como necesidad natural, sino como efecto del pecado, como un mal derivado de la culpa original» (18).

En cambio, Raymond G. Gettell (19), expone la teoría de que «San Agustín sostiene el origen divin o del Estado» y agrega que «en esto se distingue de los donatistas, para quienes el Estado constituye una institución diabólica.» Pero es cierto también que San Agustín consideraba «inferior al

Estado temporal de la tierra, frente al Estado eterno del espíritu y del futuro.» Claro que no es posible penetrar en el sentido de las palabras sin tener en cuenta que «la tesis de que la misión primera y principal del Estado es el mantenimiento de la justicia se convirtió en el verdadero foco de la teoría política medieval» (20) y que «una máxima general de la teología y la jurisprudencia medievales era que, de acuerdo con la naturaleza y en el orden original de las cosas, todos los hombres son libres e iguales» (21). Conceptos éstos que la filosofía estoica y la cristiana oponían a los de origen platónico y aristotélico sobre la naturaleza del Estado. Por donde el Estado que no se articulaba sobre estas nociones éticas fundamentales de libertad e igualdad para todos los hombres, carecía de los supuestos necesarios para ser considerado de origen divino, o cuando menos para estar a la altura de una «Civitas Dei», pues a la luz del cristianismo carecía de justicia.

Este concepto cristiano de la «caída» del hombre y que supone la promesa de su posible recuperación, penetró profundamente en la imaginación humana; el materialista Marx traslada este lenguaje simbólico teológico a su teoría revolucionaria, que también es mesiánica, y entonces nos dice Barth, al analizar la expresión de Marx, de que el sentido de la historia tiene que ser «el rescate completo del hombre» después de haber comprobado «la pérdida completa del hombre», que «en su visión escatológica de la historia, Carlos Marx coloca al final del proceso histórico un estado social que ha de comprenderse sólo como una idea judeo cristiana secularizada» (21). En efecto, cuando Marx habla de «un retorno del hombre a sí mismo», o de «reintegración del hombre», los conceptos de reintegración y retorno contienen la idea de que el hombre debe convertirse en lo que fue originalmente...» (22).

No es este el momento de penetrar en la disputa de los exégetas agustinianos, pero no está demás ubicar aquí, en medio de los filósofos, teólogos y juristas la opinión de un literato, la de Papini. Este afirma que «De las dos ciudades «Civitas Dei e Civitas Diaboli» la primera no es precisamente la Iglesia, pero quizás se confunda con ella; la

(18) Tomo las citas de Yellineck y de Del Vecchio de una conferencia pronunciada por Avelino Manuel Quirita sobre *La naturaleza del Estado en San Agustín*.

(19) R. G. Gettell, *Historia de las ideas políticas*. Labor, Madrid, 1937, pág. 162.

(20) Cassirer, *El Mito del Estado*, pág. 124.

(21) Barth Hans, *Verdad e Ideología*, pág. 101.

(22) Barth Hans, *Verdad e Ideología*, pág. 102.

otra no es el Estado pagano, pero a menudo coincide con él» (23).

Nos resulta oportuna esta cita del eminente escritor italiano, porque parece que él no ve en la «Civitas diaboli» una concepción del Estado, sino del «Estado pagano». Esta diferencia tiene importancia porque no debemos olvidar lo que hemos dicho anteriormente sobre la significación lata de las palabras. Una cosa es el Estado antes de Maquiavelo y otra después de haber empleado este término el gran florentino. Pues fue Maquiavelo «quien ha creado las premisas del Estado moderno como entidad autónoma y orgánica que realiza en sí misma, por su valor, por su fuerza, la soberanía absoluta que lo emancipa de toda supeditación religiosa» (24).

Este aspecto del problema al cual hay que iluminar necesariamente a la luz de la historia, también lo ha considerado Herman Heller en su «Teoría del Estado». El eminente tratadista germano, tras considerar que «La problemática política y ética aparecen en Grecia indisolublemente unidas, debido al hecho de que la polis helénica era un grupo político y religioso a la vez», (25) advierte que «Solamente fue desconocida de los griegos una de las perspectivas del problema: la doctrina dogmática jurídica del Estado; porque aunque Aristóteles realizó importantes investigaciones de Derecho comparado, la cultura griega no llegó a conocer una teoría general del Derecho Político, y lo mismo les sucedió, en el fondo, a los romanos. Ella es, propiamente, una creación de la baja Edad Media. Como es sabido, las formas del pensamiento antiguo han ejercido enorme influjo en las concepciones políticas medievales. Pero en la decisiva cuestión vino el cristianismo a paralizar, hasta hoy, la antigua concepción de la polis, dado que, para la antigüedad clásica, el Estado era un grupo a la vez político y religioso. El cristianismo, religión mono-teísta que exalta el valor del alma del individuo, tenía que considerar inadmisibles la idea del Estado como una comunidad total y, por consiguiente, también religiosa; sólo podía admitir un Estado limitado en sus funciones, por lo menos en lo concerniente a la esfera religiosa. Con lo cual hizo su aparición el problema que constituyó el tema central del pensamiento político medieval: la cuestión de las relaciones entre el poder espiritual y el secular, entre el Pontificado y el Imperio» (26) «No cabe hablar, al principio, en esta contienda, de una ciencia de la política. En el cristianismo antiguo predominaban hasta tal punto los intereses religiosos sobre los demás, incluidos los políticos, que no se puede hablar entonces de una discusión política. Así, cuando San Agustín se ocupa del Estado, no lo hace en un sentido político, sino que por «civitas» entiende una forma general de vida, apli-

cable tanto a este mundo como al otro. Es en la contienda eclesiástica gregoriana cuando, por primera vez, las luchas por el poder político reciben expresión literaria» (27). Heller llega a la conclusión terminante de que «El Estado de la Edad Moderna tiene tan poco que ver con el medieval — si es que se puede hablar de un Estado en la Edad Media —, tanto en lo concerniente a su estructura como a su función, que, en este caso, sólo puede hablarse de cambio y no de evolución» (28).

No está lejos de Heller, Gunther Holstein cuando tras anunciar que «la aportación positiva del cristianismo a la evolución de las ideas filosóficas y políticas de Occidente no consiste en impulsos propiamente políticos, sino, como corresponde a su esencia, religiosos y éticos» (29), agrega: «Así, pues, los impulsos específicamente cristianos están, en parte, dentro y, en parte, fuera y más allá de la esfera política. El imperativo de la justicia penetra y configura la vida de la comunidad natural del pueblo como la realidad fundamental de la historia. En cambio, la exigencia del reino de Dios va más allá de toda historia y de toda comunidad natural. Desde estos supuestos se plantea la controversia que habrá de sostener el cristianismo con la cultura de raíz política de la Antigüedad clásica. Está claro que el sacrificio a los emperadores y a la divinización del Estado están fuera de lugar. La suprema norma no se manifiesta en el Estado, sino que está sobre el Estado. De aquí se derivan dos posibilidades. Una, la exigencia de pronunciar un «no» rotundo y decidido frente al Estado; la importancia de la corriente que de aquí deriva queda atestiguada en ciertos fuertes rasgos característicos del cristianismo primitivo. La otra posibilidad, por el contrario, está animada por la voluntad de penetrar creadoramente con las fuerzas del espíritu de Dios ese mundo político, y de esa manera establecer una actitud positiva respecto a él» (30).

No está muy lejos de las anteriores interpretaciones Raymond G. Gettell, cuando afirma categóricamente en su «Historia de las ideas políticas» (Pág. 148) que «la Edad Media es esencialmente apolítica; la política y las teorías políticas no constituyen en esta época objetos particulares y separados en el campo de la investigación. Los problemas religiosos absorben las preocupaciones del tiempo; y cuando aparece la especulación política, se dedica sobre todo al examen de las relaciones entre la potestad eclesiástica y la autoridad secular».

Es a la luz de estos antecedentes como debemos considerar el problema de la noción o concepto del Estado en la mentalidad y el lenguaje de la Edad Media.

A su vez, F. von Bezol, nos dice que «también del Estado moderno corresponde la primacía a las naciones latinas. En Italia es usado por primera

(23) *Sant'Agostino*, Giovanni Papini, Vallecchi, Editore, Firenze, 1929, pág. 315.

(24) Giovanni Spadolini, *Le carte parlanti*. Florencia, 1.º de mayo de 1950, Vallecchi, Editore.

(25) Herman Heller, *Teoría del Estado*. Pág. 31.

(26) Herman Heller, págs. 32 y 33.

(27) Herman Heller, pág. 33.

(28) Herman Heller, pág. 46.

(29) Günther Holstein, *Historia de la filosofía política*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950, pág. 103.

(30) Günther Holstein, *Historia de la filosofía política*. Págs. 103, 109 y 110.

vez el nombre «Status» en su nuevo significado; la «Souveraineté» es de origen francés (31). Por su parte, Francisco Ayala dice al respecto de la significación de la idea de Estado: «Pero tanto en el mundo antiguo como en la edad media cristiana, el pensamiento político-social aparecía subordinado a otros órdenes de ideas dentro de un edificio mental que le destinaba un puesto muy secundario. En Aristóteles — es sabido — la Política forma parte de la Ética; en Santo Tomás está incluida dentro de un imponente aparato teológico. Y sólo ahora, en Maquiavelo aparece dotada de entidad sustantiva, desligada de la Ética y afirmada en un régimen autónomo» (32).

Pero por encima de tales o cuales circunstancias históricas y por encima de las inagotables polémicas de los exégetas agustinianos, es reconocida y analizada por historiadores y sociólogos la existencia de una lucha interna entre lo que se ha dado en llamar sociedad civil y sociedad política, como lo advierte Antonio Gramsci quien apunta al respecto «Se verifica en lo interior de la Sociedad lo que Croce llama «el perpetuo conflicto entre la Iglesia y el Estado», en el cual la Iglesia es considerada como una representación de la Sociedad civil en su conjunto (mientras que no es más que un elemento gradualmente menos importante) y el Estado representa toda tentativa de cristalizar permanentemente un determinado periodo de desarrollo, una determinada situación (33).

Este problema lo plantea también Luis Gumplowicz en su obra «Sociología y Política» (34). Al hablarnos este autor del proceso de la formación de la sociología como ciencia nos dice que «Riehl (1851) sistematiza las ideas sociales entonces en boga, y sabe darnos, como ilustración de su sistema la imagen de la sociedad tal como se había desenvuelto en Alemania. La sociedad civil no es lo mismo que la sociedad política». Esa es la nueva verdad de nuestro siglo, escribe, atacando al liberalismo de aquel tiempo, el de la escuela de Rotteck y de Welcker, y añade: «es imposible que la sociedad compuesta de diferentes partes sea idéntica al Estado. Lo real es la diversidad social, lo ideal es la unidad. La ciencia de la sociedad civil es en el fondo la ciencia de la desigualdad natural en la sociedad...; pero esta desigualdad es el origen de una abundancia inagotable».

Gumplowicz nos informa también que: «en seguida Stein continúa sus investigaciones sobre el Estado y la sociedad. Gneist sigue profundizando la cuestión con sus estudios respecto a las relaciones entre la sociedad y el Estado en Inglaterra». Nada nos dice el sociólogo polaco en que medida este

planteo del problema que ha de dar origen al advenimiento de la sociología como ciencia independiente, le es deudor a la filosofía cristiana por ese «perpetuo conflicto» del cual nos habla Croce.

La oposición al federalismo de Estado surge, entonces, y en muy buena parte, como oposición al Estado mismo; actitud muy lógica, pues la teoría del Estado y la experiencia de su desarrollo que tenemos a la vista, nos dice muy claramente que el Estado marcha hacia la centralización del poder por distintos caminos, ya sea el camino de la organización capitalista, ya el de la organización comunista. Y si centralizar es función ineludible del crecimiento del Estado, ¿cómo puede conciliarse su existencia con la del federalismo? Por donde Estado y federalismo aparecen siendo términos contradictorios, según veremos más adelante.

Por de pronto es oportuno señalar que la contradicción forma parte, quizás, de la antinomia política Edad Media-Renacimiento. Pues así como es posible encontrar en la Edad Media cierto sentido de la organización federativa, ya en el Renacimiento el espíritu racional del capitalismo naciente llevó a la política y por lo tanto a la formación del Estado «una fuerte centralización del Poder, que cada vez era más administración que constitución. Y sometido todas las esferas de la vida a una regulación consciente y racional... Es una política metódica en absoluto, objetivada y carente de alma. Así es el sistema de la ciencia y de la técnica del *stato*» (35). Así también, «Federico II, siguiendo esta orientación, abolió las antiguas trabas, limitó los derechos de la iglesia y la feudalidad, fomentando una organización central que opera con instrumentos racionales y fiscales, a base de dinero, burócratas a sueldo y ejércitos mercenarios (36).

Así como a los alemanes les place discurrir en torno al tema del Estado, hasta llegar al deleite abstracto de la metafísica y del idealismo, a los franceses, que presumen de espíritu práctico, les place el tema de la centralización administrativa y, quizás por contagio, de toda centralización. Para no ir demasiado lejos en las raíces históricas de este fenómeno psicológico, bástenos con subrayar por ahora, lo que afirma Antonio Manuel Molinari: «En el régimen napoleónico hallamos las primeras manifestaciones del sistema político impuesto por los despotismos modernos, en los que poco o nada juegan los factores teológicos a base de las presuntas vinculaciones entre la divinidad y los personajes que ejercen las funciones de la soberanía...» En ese régimen «las libertades individuales desaparecen en el sistema centralista y policiaco que él impone sin que queden rastros de administración autónoma».

Sin dejar de reconocer que toda generalización entraña una evidente falta de sentido común, se carga a la cuenta de los filósofos alemanes, a Hegel en primer término, la paternidad de lo que

(31) F. Von Bezol, *Stato e Società nell'età della Riforma*. (La nueva Italia, Ed. Venezia), pág. 6.

(32) Francisco Ayala, *Tratado de Sociología*. Tomo 1º, pág. 42, Ed. Losada, Bs. As., 1947.

(33) Antonio Gramsci, *Note sul Macchiavelli, nella politica e nello Stato Moderno*. (Ed. Einaudi, Torino, 1949), pág. 87.

(34) *Sociología y Política*, Luis Gumplowicz, Ed. Inter-mundo, Bs. As., 1946, págs. 14 y 15.

(35) Alfred Von Martin, *Sociología del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pág. 31.

(36) Alfred Von Martin, *Sociología del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pág. 32.

Maeztu llama «heregia» de la compensación del Estado omnipotente; y se carga, con el mismo criterio, a la cuenta de los políticos franceses el concepto de la centralización que es otra «heregia» por cuanto ésta también lleva implícita la negación de la libertad personal y de las autonomías regionales o municipales. Por otra parte conviene no olvidar que fue el socialista Luis Blanc quién, en plena revolución, concibió la ilusión «salvadora» del Estado poderoso, en un plan revolucionario cuyo primer punto daba al Poder una gran fuerza de iniciativa (37).

Es cosa sabida, en fin, que la teoría centralizadora francesa se impuso como una necesidad práctica al considerársela el único instrumento capaz de lograr y fortalecer la unidad de la nación. Pero el contagio de esta teoría no llegó a todos los franceses, pues Proudhon la negó enérgicamente: «Retornad al derecho divino — decía a los centralistas — así tendréis al menos el mérito de la franqueza y os haréis justicia» (38).

Dupont-Wite escribió hace un siglo la apología del centralismo y la definió como «la obra de un instinto» (39). Y también Tocqueville dijo en «El antiguo régimen y la revolución» que «el centralismo deriva del instinto que tiene todo gobierno de querer conducir por sí solo todos los negocios». A lo cual contesta Mario Boneschi: «En verdad, el instinto de centralización es irracional. El instinto conduce a quién gobierna a querer gobernar a todos y en todo. Sólo la razón sugiere el sentido de las limitaciones, de los compromisos y del equilibrio... El instinto es la represión, la violencia, la uniformidad. El poder en su fase primordial es monárquico, absoluto, centralizado. El instinto de centralización es un impulso elemental...» la forma federal administrativa pertenece a las civilizaciones más desarrolladas, dotadas de mayor sentido práctico, de una íntima fuerza de orden, de actividad y de cohesión, como la romana y la anglosajona» (40). Esta acusación de irracionalidad imputable al centralismo, también la formula Munford: «Lo que se opone a la organización de la sociedad política sobre bases regionales y cosmopolitas tiene su origen en los complejos psicológicos que exacerban las ideas de exagerada exaltación nacional propias del gobierno centralizado. Existe un gran complejo de irracionalidad, que no sólo constituye un obstáculo para la cooperación, sino

que así mismo se convierte en justificativo de los antagonismos nacionales» (41).

Debido, quizás, a que Francia dió prestigio de irradiación a la práctica centralizadora, fue un francés quién dió la más gráfica definición del mal: «apoplejía en el centro y parálisis en las extremidades» (42).

Volviendo al motivo inicial de este capítulo diremos, para terminar, que sea cual fuere el sentido específico de la palabra Estado en el lenguaje medieval o en el más lejano de los clásicos griegos, lo importante es que el término lleva implícita, en unos y en otros, la noción de gobierno, de autoridad civil, de poder terrenal. Claro que no hay que perder de vista, con respecto al cristianismo primitivo, las circunstancias históricas; entonces comprenderemos que ese Estado condenable se confundía en buena parte con el cesarismo en auge o ya decadente. La explicación histórica de este hecho nos la da claramente Holstein en su obra ya citada (Pág. 98) cuando nos dice que en el Imperio Romano, como en toda la filosofía política de la Antigüedad, el Estado era al mismo tiempo una unidad política y de culto, hasta que «por el culto del emperador, el Estado, en su inmediata objetividad histórica quedó convertido en dios. Así, lo que había comenzado en la pura trascendencia especulativa terminó por adquirir los duros caracteres de la realidad concreta. Lo mismo que antes la esencia del derecho, ahora es el sentido ético del Estado el que comienza a desmoronarse pero esto significa la iniciación de la crisis espiritual en que entra la idea del Estado de la Antigüedad al triunfar el cristianismo».

Aquello, pues, no era lo que hoy entendemos por Estado. Pero lo que queremos subrayar a los fines de nuestro discurso, es la posición del hombre en conflicto con las estructuras políticas que él mismo, después de todo, crea. Problema lleno de las más inquietantes sugerencias. Pues, con razón, nos dice Heller que «todo conocimiento sobre el Estado tiene que partir del supuesto de que la vida estatal incluye siempre al que investiga; este pertenece a ella de modo existencial y no puede nunca abandonarla. No es el Estado un sujeto extraño al que interroga, algo que, espacialmente, se halle frente a él; por el contrario, lo que constituye la esencia de tal relación es la identidad dialéctica de sujeto y objeto». («Teoría del Estado», pág. 44). Mas admitido como cierta esta identidad dialéctica, lo que se propugna ahora es que el acento liberador caiga sobre el sujeto hombre de tal modo que a éste no lo aniquile el acento de autoridad que está en la naturaleza del objeto Estado.

(37) Antonio M. Molinari, *Porque muere la libertad*. (Librerías Hachette, S. A., Bs. As., 1951), pág. 239 y 247.

(38) P. J. Proudhon, *Teoría de los impuestos*.

(39) Dupont White, *La Centralisation*.

(40) Mario Boneschi, *Le Libertà locali*. (Rosa E. Balbo Ed. Milán, 1946), pág. 185.

(41) Munford Lewis, *La Cultura de las Ciudades*. (Emecé Editores, Bs. As. 1945), pág. 233, tomo II.

(42) Munford Lewis, *La Cultura de las Ciudades*. Tomo II, pág. 218.

JOSEPH J. COHEN ★

JOSEPH J. COHEN fue uno de los miembros más activos del movimiento libertario de Estados Unidos durante la primera mitad del presente siglo. Nació en 1878 en una pequeña aldea judía de Rusia Blanca. Creció en un mundo de terror y opresión. En 1881, cuando tenía tres años de edad, el zar Alejandro II fue asesinado por miembros de la organización revolucionaria *Norodnaya Volya*; el nuevo zar Alejandro III, inmediatamente instituyó un régimen vengativo y reaccionario. Al igual que muchos gobernantes de su clase, persiguió a los judíos como víctimas propiciatorias, y extendió el pogrom (1) que marcó los primeros años de su reinado. «Mis primeros recuerdos — dice Joseph J. Cohen en *The house stood forlorn* (Nuestra desamparada casa), relato de su infancia, que escribió en los últimos años de su vida — son los que más impresión me causaron, por el hecho de haber nacido judío, vástago de esa raza perseguida que había sufrido opresión, miseria e injusticia a través de los siglos.»

Cohen nació en el seno de la clase de pequeños comerciantes y artesanos; su abuelo paterno era herrero y su padre trabajaba como supervisor para un tío que era rico comerciante en maderas. Cuando tenía cinco años su familia se trasladó a una pequeña ciudad llamada Turetz, y allí, habiendo mostrado señales de una excepcional inteligencia, comenzó sus estudios talmúdicos, con la esperanza de lograr satisfacer la ambición familiar, en el sentido de que al menos un hijo podría ser rabino.

A los ocho años fue enviado a otra parte para estudiar en una escuela talmúdica, en la que hizo tales progresos que en 1890 se le envió al seminario rabínico de Mir. Los años siguientes los pasó entre Mir y Minsk, donde Cohen efectuó estudios religiosos superiores, y por un tiempo ganó su vida haciendo de maestro particular para muchachas, debido a que entonces no había escuelas organizadas en las comunidades judías.

Fue por aquel entonces cuando su vida tomó una nueva trayectoria, en dirección que debería seguir hasta su muerte. Empezó a sentir dudas religiosas y se hundió en un estado tal de ansiedad mental que resultó con una postración física. Empezó también a conocer, a causa de sus amigos de Minsk, las ideas avanzadas y revolucionarias que en aquel período se extendían a través de Rusia. Leyó con avidez los poemas de Nekrasov (2), y se

fascinó con el relato de la Comuna de París hecho por Kalmen Schulman en su *Historia del mundo*. «Cuánto más el autor trataba de presentarlos (a los defensores de la Comuna) malamente — decía — tanto más atractivos se volvían para mí. Me sentí relacionado con sus propósitos y tuve simpatía personal por su martirio.» (3).

Pero los intereses idealistas de Cohen en aquellos años pasados en Minsk eran no sólo teóricos, sino también prácticos, y pronto se vio involucrado, con un grupo de amigos, en el intento por organizar a los trabajadores de la ciudad. «El primer paso — relata — era el poder reunir a los trabajadores en un grupo, para que tuvieran asistencia mutua en caso de enfermedad, desempleo o dificultad con los patronos. Una vez asegurado esto, el mayor número posible de trabajadores de un determinado oficio deberían formar una organización. Entonces podrían presentarse demandas para conseguir menos horas de trabajo y mejores sueldos.»

Estos esfuerzos tuvieron algún éxito, pero esta clase de actividad era arriesgada, y cierta vez Joseph J. Cohen fue detenido; afortunadamente la policía no conocía muchos detalles sobre sus acciones, siendo puesto en libertad al día siguiente. Pero su padre, que ahora dirigía una operación forestal en Shafarnia, insistió para que regresara a la casa paterna. Lo cual hizo, viviendo Joseph algunos años en el campo, durante los cuales pasó muchas horas leyendo libros como *Looking backwards* (4), de Bellamy, y los relatos del juicio de Sofía Perovskaya y sus compañeros en el asesinato del zar Alejandro II, los que ~~estuvie~~ron una gran influencia en su pensamiento. Por aquel entonces había ya abandonado todo propósito de seguir una carrera religiosa, y empezó a trabajar como silvicultor y a estudiar cuanto podía sobre horticultura, aprendiendo con los horticultores de la vecindad. Fue hacia el final de este período en Shafarnia cuando conoció a una muchacha llamada Sofía, quien más tarde se volvería la compañera de todas sus actividades hasta que murió en la última guerra mundial.

En 1898 Joseph J. Cohen fue llamado a filas para servir en el ejército zarista, y pasó los próximos cuatro años en la guarnición de Grodno. Sus tareas militares parece ser que no fueron muy duras, y aprovechó el tiempo cuanto pudo. «Eran años de madurez — recordaba —. Había una buena biblioteca en Grodno. En mis horas libres acudía a ella, utilizando cuanto podía sus facilidades, y a menudo introducía libros en la guarnición. Leí mucho, observé también las actividades de las fuerzas sociales de la ciudad, y me quedaba tiempo para la reflexión. Aquí fueron

(*) Este estudio se ha traducido de la introducción sin nombre del editor, al libro de Joseph J. Cohen titulado *In quest of heaven* (Rumbo al paraíso), publicado por el «Sunrise History Publishing Comité», Nueva York, 1957. Trad. y notas de V. M.

(1) Asonada de asesinato y despojo de los judíos.

(2) Nikolai A. Nekrasov (1821-1878), fue uno de los prominentes representantes de la poesía rusa de su tiempo, y agitó la conciencia social y revolucionaria de los rusos. Entre sus numerosas obras cabe destacar aquí a «¿Quién es feliz y libre en Rusia?» y «Los perseguidos».

(3) Consúltese la obra de M. Winock y J. P. Azema titulada *Les communards* (Ediciones du Seuil, París, 1964). Contiene dos fotografías interesantes para la iconografía de la Anarquía: la del obrero Varla y la de Luisa Michel.

(4) «El año 2000», de Eduward Bellamy. Véase a María Berner en «Viaje a través de utopía» (Proyección, Buenos Aires, 1962).

sembradas algunas de las semillas de la filosofía libertaria que, floreciendo más tarde, se volvió la profunda fuerza motivadora de mi vida.» También organizó un grupo revolucionario entre los soldados de su unidad de artillería, y junto a sus compañeros hizo planes para apoderarse de las baterías que dominaban la ciudad en caso de revolución.

Sin embargo, cuando ocurrió la primera revolución rusa de 1905 (5), Joseph J. Cohen ya no estaba en el ejército ni en Rusia. Su servicio militar terminó en 1902, y en la próxima primavera emigró a los Estados Unidos. Su primera residencia fue Filadelfia, donde empezó a trabajar como obrero cigarrero, y muy pronto colaboró en el grupo anarquista de Hyman Weinberg. Diez años vivió en Filadelfia, durante los cuales fundó la Radical Library (Biblioteca de ideas avanzadas), una institución muy influyente como centro de educación y propaganda para el movimiento judío de los Estados Unidos.

En 1913 se trasladó a Nueva York, y tuvo a su cargo la administración del Centro Ferrer. En 1915 se trasladó con dicho Centro a Stelton (Nueva Jersey), donde quedó fundada la Colonia Ferrer, en un intento para reforzar el trabajo educacional con un experimento de vida comunal (6). Aquí permaneció durante cinco años, en los cuales la escuela ganó una reputación nacional y ejerció una influencia considerable en el movimiento para reformar los métodos educativos (7).

Inmediatamente después de la primera guerra mundial, el diario libertario judío Freie Arbeiter Stime (La Voz del Trabajador Libre), tuvo dificultades debido a que su director se había ido para Rusia, y Joseph J. Cohen fue invitado para que se hiciera cargo de la administración del mismo (8). Regresó otra vez a Nueva York; pero pronto

(5) La llamada primera revolución rusa empezó en el domingo «sangriento» del 22 de enero de 1905, en San Petersburgo (véase la revista londinense «Observer» del 22 de enero de 1967). En ella, Voline (el autor de «La Revolución desconocida»), fundó el primer soviét, o consejo del pueblo.

(6) Cohen relata en su libro «Rumbo al paraíso»: «En 1915 tomé parte en la organización de la Colonia Ferrer de Stelton (Nueva Jersey). Esta realización fue concebida principalmente con el objeto de establecer un hogar rural permanente para la Escuela Moderna, en la cual el método educacional libertario del anarquista español Francisco Ferrer, pudiera ser llevado felizmente a la práctica. El terreno estaba dividido, de modo que cada una del centenar de familias que allí vivían tenían parcelas de uno a dos acres, mientras que los edificios de la granja original y unos quince acres fueron dejados para el Escuela.»

(7) Emma Cohen (hija de Joseph) que quedó estudiando en la Escuela Ferrer, fue una alumna distinguida de la misma, a la cual honró junto con otra muchacha, al graduarse ambas en una universidad del país con los más altos honores, mereciendo el elogio del profesorado por la educación primaria recibida en la colonia. La revista mensual «The Modern School» (La Escuela Moderna), que era publicada en la colonia por Joseph Ishill, en su número del verano de 1921, da cuenta de esto a la vez que reproduce el hermoso ensayo de Emma Cohen titulado «Youth» (Juventud).

(8) Dice Cohen en el libro citado en la nota nº 6: «... la vieja publicación anarquista, Freie Arbeiter Stimme, la que

el diario tuvo nuevas dificultades debido a que el director, M. Katz, se había convertido al bolchevismo, y eventualmente en 1921 se le pidió que renunciara. Se hizo un intento de dirigir el diario por medio de un comité, pero al verse que esto no marchaba, en 1923 se nombró a Cohen como director, posición que ocupó hasta que renunció en 1932 para hacerse cargo de la Comunidad Sunrise (Amanecer). Mientras estuvo con el Freie Arbeiter Stimme fundó también la Colonia infantil Germinal, que tuvo mucho éxito y que albergaba a niños libertarios.

Desde 1932 hasta 1938, la historia de Joseph J. Cohen es la historia de la Comunidad Sunrise (9). En 1939, después que dejó esta colonia, junto a su esposa regresó a Stelton, donde ambos se dedicaron a la avicultura hasta que la salud de Sofia empeoró mucho. Después de la muerte de Sofia, siempre atraído por la vida comunitaria, Joseph J. Cohen vivió por un tiempo en la Colonia Home (Hogar), cercana a Seattle. En 1946 viajó a México, y luego fue a Francia, donde por algunos años publicó la revista anarquista Der Freier Gedank (El Pensamiento Libre), en idioma yiddish. Durante este tiempo visitó Israel, y viajó ampliamente por Suiza, España y Alemania, e incluso se aventuró detrás de la Cortina de Hierro en un viaje que hizo a Checoslovaquia. Fue en París cuando el autor de estas líneas lo encontró en el verano de 1951, débil ya, gastado por su dura y energética vida; pero, extraordinariamente alerta y lleno de interés por el mundo que lo rodeaba. Un poco después retornó a los Estados Unidos, donde murió el 28 de septiembre de 1953.

Durante sus últimos años se preocupó mucho por la idea de escribir un libro que relatara la historia de su vida y el mundo en el cual había vivido, «Comprendo ahora claramente — escribió a uno de sus amigos en 1946 — que toda mi vida adulta, los muchos años que he pasado en el campo de la educación y en el movimiento obrero, me han preparado para una tarea definida: relatar mi vida honesta y sinceramente, y hasta donde alcance mi talento, artísticamente. Estoy seguro que puedo escribir una gran historia y gozar escribiéndola». Pero aun este último período estuvo tan lleno de actividad que nunca tuvo tiempo para completar su obra, sólo quedando de ella un tomo titulado The House Stood Forlorn, que nos conduce hasta la víspera de su partida de Rusia hacia los Estados Unidos. Los años maduros de su vida, infelizmente, no pudieron ser escritos, excepto en algunos fragmentos y de manera indirecta, en libros como The Jewish Anarchist Movement in America (El Movimiento Anarquista Judío en Estados Unidos) (10).

por casi medio siglo habían diseminado la idea de una sociedad libre y sin Estado, basada en la organización voluntaria, entre los miles de lectores de idioma yiddish en los Estados Unidos y en otros muchos países».

(9) La Colonia Amanecer fue la última — y más importante — comunidad libertaria que ha existido en el presente siglo. Consúltase sobre las comunidades libertarias a E. Armand en Formas de vida en común sin Estado ni autoridad (Madrid 1934).

(10) En la revista libertaria Noir et Rouge (Negro y Rojo) de París, nº 34, junio de 1966, un corresponsal, joven anarquista judío, escribe: «¿Cuántos judíos hay nacidos antes, durante y después de la segunda guerra mundial que hayan aprendido el yiddish, o que sepan leerlo o escribirlo?» Lamentándose así de que las nuevas promocio-

nes de nuestros jóvenes libertarios judíos no tengan acceso a la vasta literatura ácrata publicada en dicha lengua. Es interesante asimismo transcribir el siguiente pasaje del joven aludido: «La débil audiencia del movimiento anarquista judío en el mundo de hoy se explica por razones numerosas y diversas que sería demasiado largo explicar aquí. Se debe notar, sin embargo, que una auténtica presencia libertaria subsiste en Israel. Hasta su muerte, ocurrida en 1964, *Abba Gordin* había además dedicado todos sus esfuerzos a la difusión de nuestras ideas. Además, yo he tenido personalmente la ocasión de comprobar que las teorías de Kropotkin y de Gustav Landauer no son desconocidas en Israel».

A continuación transcribimos la contestación de Abba Gordin a una pregunta que le formuló Eugen Relgis, durante la última visita del conocido humanitarista a Israel:

1º La libertad de conciencia debería extenderse con el

fin de acompañar a la libertad de convicción en las acciones políticas.

2º Propugno la formación de asociaciones de trabajadores y de compañías en donde los productores también sean accionistas.

3º En vez de organizaciones con dispersión de organizadores y organizados, soy partidario de la auto-organización.

4º En vez de socialismo o comunismo, defiendo a la inter-individualización.

5º En lugar de la Democracia soy partidario de la Ego-cracia. Los hombres deberían ser libres, en sus dos capacidades: como constructores y como seres individuales.

6º He aquí mi fórmula revolucionaria: a) expropiación a los expropiadores; b) usurpación a los usurpadores; y c) desorganización a los desorganizadores.

7º Las masas deberían levantarse a la condición de Individuos Energéticos. El individuo debería levantarse a la condición de Personalidad Desarrollada.

=====

ELLOS Y NOSOTROS

Se especula caprichosamente en torno a la desunión de los «vencedores de ayer», vencidos de mañana. No podemos negarlo. Hay dos Españas; existen, y debemos estudiarlas desapasionadamente.

La reacción nos ha vencido casi siempre. ¿A qué se debe es cúmulo de derrotas que registra la historia de la libertad de España? No es que ellos hayan sido positivos y creadores. Lo que ocurre es que el temperamento negativo de los nuestros no nos ha dejado triunfar. El español no sabe perder. Es mal jugador. Cuando vienen mal dadas, los reaccionarios se unen y apiñan. Nosotros, en la victoria, ya comenzamos a desunirnos, en la derrota nos hacemos polvo, y ante la posibilidad de recuperar las posiciones perdidas imponemos condiciones antes de asegurar posiciones.

En los momentos cruciales, los conservadores y reaccionarios aprietan filas, mientras que los parti-

darios de la libertad nos pasamos la vida polemizando, creando grupos y más grupos, fraguando la autodivisión y la dispersión cuando tendríamos que ser forjadores de la unión que conduce a los hombres y a los pueblos por el camino del triunfo.

Tras la España oficial, existe la verdadera España de los españoles que no quieren oír hablar de los defectos de un país, a pesar de que luchan para enmendar los desatinos del Estado unitario, creando la federación, o mejor dicho: La Confederación de Pueblos Hispánicos.

La imposibilidad de realizar sus ideas actuales en esta tierra no es otra cosa que la imposibilidad de alcanzar lo que hasta hoy es utopía, pero que ganando tiempo y trabajando el espacio puede ser la realidad tangible que hace civilización y que forma la nueva sociedad con nuevos pueblos.

La sociedad progresa por efecto de una extensión de los sentimientos morales, y a menos que el interés se sobreponga, es preciso que la piedad, la generosidad y el amor intervengan constantemente para impulsar a que dé un paso la solidaridad humana. La inteligencia puede abrir la vía, pero no da el impulso; toda la virtud es espontaneidad en su raíz. — Espinas.

ESPAÑA 1936-39

La política de Stalin perdió la guerra

por ABRAHAM GUILLEN

LA Revolución Española surgió defensivamente: la aristocracia, la burguesía, las clases medias acomodadas, el ejército y la iglesia tomaron la ofensiva el 18 de julio de 1936. Para el proletariado, si ha de constituirse en «clase dominante» y destruir, a su vez a todas las clases con su acto de liberación, para instaurar el socialismo (sin clases explotadoras ni explotadas), una revolución defensiva constituye, estratégicamente, un mal comienzo histórico y político, ya que la Revolución, para serlo de verdad, debe ser ofensiva o no será más que una parodia de insurrecciones, de avances y retrocesos, según los intereses de los partidos y organizaciones que forman la coalición popular.

Los revolucionarios franceses de 1789-93 estuvieron unidos (derecha, izquierda y centro) hasta que la Revolución fue liquidando, sucesivamente a los grupos que le planteaban lo que ella dialécticamente no podía resolver en determinado tiempo. Los jacobinos llegaron al Poder, luego de unos meses de transacción política con los girondinos, pero la Revolución exigía que ellos, en su momento crítico, la condujeran, sin la derecha. Luego Robespierre se desprendió de la extrema izquierda y de las secciones armadas de París, para caer abatido por el propio Estado que él había fabricado para destruirse a sí mismo en Thermidor. Igualmente, Largo Caballero, al disolver las milicias, el poder de los comités, al restaurar el Poder de la policía, al renunciar a la guerra revolucionaria de guerrillas en territorio enemigo, al pasar del ejército revolucionario a un simple ejército regular, entregaba ese férreo Poder de Estado a sus enemigos, que pudieron así desalojarlo de la U. G. T. y arrestarle domiciliariamente, en Valencia, el 21 de octubre de 1937. En estrategia revolucionaria, es peligrosísimo aniquilar a la derecha y luego a la extrema izquierda, para ocupar una posición centrista con un Estado centralizado; Stalin repitió la experiencia de Robespierre, y si no en vida, después de muerto ha sido derrocado por su coro de aduladores, entre los cuales descollaba Kruschév, que, a su vez, apoyado en un Estado represivo, en un «poder alienado y alienante», cayó como dictador de turno, instrumento momentáneo de la burocracia, constituida en «nueva clase dominante»...

REVOLUCION, PUEBLO Y DIRIGENTES

Para triunfar, una Revolución Social, que comience como una coalición de partidos y organizaciones, debe finalmente superar las tendencias oportunistas, ligadas a la burguesía nacional, al imperialismo y a la burocracia

soviética, en esta hora del mundo, que todavía está dentro del cuadro político, diplomático, estratégico y socio-económico de la Revolución Española: la más vigente en enseñanzas para el modelo de revolución occidental.

Si largo Caballero hubiera reforzado la alianza U.G.T.-C.N.T., extendido la guerra revolucionaria a la retaguardia facciosa, entrado en una revolución socialista de verdad (sin capitalismo de Estado al modo soviético) se habría así liberado del imperialismo condicionante de París y Londres, de los dictados de la burocracia soviética y de alianzas con la burguesía nacional izquierdizante, habría ganado la guerra, porque hubiera contado una alianza popular obrera y campesina en el marco amplio de la U.G.T.-C.N.T. Pero, al sustituir el poder popular de los comités obreros y campesinos por el poder del Estado, Largo Caballero preparó su Thermidor, quizá porque no era un revolucionario preparado para cumplir una gran misión histórica revolucionaria, luego de muchos años de burócrata sindical, sin amplios conocimientos económicos, estratégicos, políticos y dialécticos.

En adelante, para conducir la Revolución Española hace falta un equipo de revolucionarios que domine la estrategia de guerra revolucionaria, la economía, la política, la dialéctica, el manejo de los valores humanos y el sentido de la historia. Hemos perdido demasiadas revoluciones en el Poder, luego de haber sido ganadas por el pueblo español en las calles. El pueblo hispano ha derrotado varias veces a sus generales represivos y reaccionarios, pero luego ha sido entregado por sus malos conductores políticos y revolucionarios.

ESTRATEGIA Y POLITICA

EN una guerra revolucionaria la política y la guerra se unifican. La estrategia no está separada de la política; pero, en la Revolución Española de 1936-39, la política no estuvo al servicio de la guerra, sino la guerra al servicio de la política de... Stalin, de las trapisondas del Comité de No-Intervención (del cual formaba parte la URSS), de las intrigas del Partido Comunista, de la «pequeña política» de Indalecio Prieto (siempre empeñado en lograr un acuerdo con el enemigo por medio de Londres y París), del escepticismo de Manuel Azaña, de los esquemas tácticos de los consejeros militares soviéticos y de los oficiales profesionales españoles (que querían una guerra regular, sin guerra revolucionaria en la retaguardia fascista).

La «ayuda» soviética, contra el Tesoro español, enviado

a Rusia el 25 de octubre de 1936, con la venia de Azaña y Prieto, con la colaboración del sindicato bancario de la U. G. T. y la orden expresa del doctor Negrín (ministro de Hacienda del gobierno Largo Caballero), que entregó el oro a los soviéticos para comprar su ascenso a primer ministro, a la caída de Largo Caballero: esas páginas oscuras de la Revolución Española, en que el Tesoro público de un país es entregado a otro país y lo que restaba se quedó en «negocio privado» de Negrín, de Prieto, etc., etc., demuestran que la Revolución no podía ser ganada por dirigentes que, contra una «ayuda» extranjera (bien pagada en oro), perdían su campo financiero de maniobra internacional, sometándose, en adelante, a la estrategia, la política y las cambiantes del Kremlin, que enviaba armamentos a España, sin fijar su precio, a fin de que no se pudiera, en adelante, recuperar el oro español enviado a la Unión Soviética.

Disponiendo de oro contante y sonante, se pueden comprar armamentos en todas partes, pero los socialistas de derecha y los stalinistas prefirieron adquirirlos en Rusia, para formar las «divisiones comunistas» y las de carabineros de Negrín, que entrarían en Aragón, en 1938, para disolver, como «generales blancos», las colectividades y consejos populares anarcosindicalistas: (el único ensayo realmente socialista en España, donde la libertad y el socialismo marchaban paralelamente); pero Stalin no quería el socialismo en España, sino una «republicueta burguesa», para no perder el mito internacional del «socialismo soviético, redentor del proletariado mundial».

La «ayuda» soviética, pagada a peso de oro, se convertía en material de guerra para las unidades comunistas o pro-comunistas, desarrollando así un poder de Estado favorable a la política stalinista, de la cual Negrín fue el gran instrumento. Prieto, para desprenderse de la izquierda de Largo Caballero, apoyó a Negrín. Los republicanos burgueses, a fin de evitar un gobierno dominado por la U. G. T.-C. N. T., con Caballero en la Presidencia, optaron también por Negrín. Así las cosas, los comunistas, que siempre habían hablado a la izquierda, en la primera oportunidad revolucionaria, viraban hacia la derecha, destituyendo a Largo Caballero para atacar luego a los comunistas libertarios y a la izquierda comunista marxista (P. O. U. M.), apoyándose en la policía y en el ejército regular republicano, durante los combates de mayo de 1937, en Barcelona.

La verdad es que el Movimiento Libertario español, ajeno a los problemas del oro hispano, más preocupado por luchar en los frentes, por formar colectividades agrarias y Comités de Cogestión U. G. T. - C. N. T. en la industria urbana, dejaron que Negrín manejara el tesoro español sin tenerlo en cuenta. Con este enorme poder financiero Negrín y los stalinianos se iban haciendo más y más fuertes militarmente. A la caída de Largo Caballero, la C. N. T., la F. A. I. y las J. J. L. L., si hubieran tenido una visión estratégica clara, tendrían que haber comenzado por infiltrar una gran parte de sus fuerzas armadas en la retaguardia de Franco, en la Andalucía liberada, donde millones de braceros del campo, perseguidos, amenazados de ir contra la pared, hubieran engrosado la guerrilla. Ese ejército a la espalda del ejército fascista hubiera sido la mejor garantía de triunfo contra Negrín y los stalinistas. La guerra revolucionaria no necesita de un apoyo logístico permanente, viniendo del exterior; en el caso de España, de la «ayuda» soviética. Y

cuando las cosas hubieran ido demasiado lejos, como en Barcelona, en mayo de 1937, no se debía de haber consentido que los stalinistas hicieran unilateralmente la diplomacia, la política y la estrategia, llevando la lucha contra ellos hasta el fin, si el gobierno no era modificado sustancialmente, para no caer víctimas de él, tarde o temprano, las verdades revolucionarias y las colectividades libertarias (disueltas en 1938 por las unidades militares stalinistas). Y en el peor de los casos, al final, con una guerrilla grande en Andalucía, se podía haber continuado la guerra guerrillera, aunque las tropas republicanas regulares hubieran dejado los frentes en marzo de 1939.

UNA REVOLUCION SIN DIRECCION

En España las condiciones revolucionarias siempre han sido superiores a los revolucionarios, desde los Comuneros de Castilla hasta la gran revolución de 1936-1939. Nos ha sobrado corazón, reñón, pero nos ha faltado cabeza, estrategia, dialéctica, economía, política racional, sentido de la historia, capacidad de conducción de masas insurreccionadas.

Los marxistas españoles, si se puede clasificar así a quienes saben muy poco de marxismo, en gran parte fueron pequeños burgueses de izquierda, sin visión global del socialismo ni del capitalismo. Indalecio Prieto era, cuando más, la izquierda de la burguesía. Largo Caballero no conocía ni las primeras páginas de «El Capital»; se decía que durante su detención en 1934-36, había comenzado a estudiar algo el «Manifiesto Comunista». José Díaz, Jesús Hernández, «La Pasionaria» y otros comunistas, no necesitaban pensar nada: todo venía resuelto desde Moscú, ya que el triunfo de la revolución rusa supone, en la alienación política por el stalinismo, la victoria en todo el mundo. Sin embargo, los hechos han demostrado que el Kremlin ha perdido las revoluciones polaca, búlgara, húngara, griega, iranesa (partido Tudhek), española, china (1927) y ha negociado con el imperialismo en Corea, Sudeste asiático, Cuba y en Medio Oriente (conflicto árabe-israelí de 1967). En lo fundamental, Stalin se entendió con Hitler para el reparto de Polonia, en 1939, dejando las manos libres al nazismo en Europa occidental, para que éste volviera luego hacia la Europa oriental, invadiendo Rusia en 1940. Y en 1963, soviéticos y anglosajones se han unido en el acuerdo de prescripción parcial de las pruebas nucleares y, en cierto modo, para un reparto de «zonas de influencia», lo cual explica la «prudencia» de la U. R. S. S. en junio de 1967, para no armar demasiado a los árabes, limitándose a posturas demagógicas, como la ruptura de relaciones diplomáticas con Israel.

En España, los gobiernos de republicanos de centro-izquierda, al estallar la revolución de julio de 1936, y el gobierno socialista-comunista-republicano, que condujo la guerra, no respondieron, estratégica y políticamente, al vigor revolucionario del pueblo español, que se planteaba una revolución socialista, pero que sus dirigentes socialistas-comunistas la querían burguesa, mansurrona, dócil a las democracias occidentales, por indicación del Kremlin, que pensaba «no arriesgar las cosas demasiado», en España, para evitar el estallido de una guerra mundial. La política del «Frente Popular» de Stalin era, en el fondo, por su contenido, la misma que la política de la «coexistencia pacífica» de Jruschev, Brejnev y Kossigin.

Largo Caballero y sus ministros socialistas, comunistas y republicanos no dieron satisfacción a los nacionalistas marroquíes, llegados a Valencia, para conversar con el gobierno republicano, a fin de pedir armas y medios financieros tendentes a desencadenar una guerra revolucionaria por la independencia del Marruecos español, en la propia retaguardia estratégica de Franco. Por no desairar a Francia con una revuelta nacionalista en Marruecos, Largo Caballero hacía la política de León Blum y de Stalin, que le pedían moderación, reflexión, extrema prudencia. Stalin se opuso, tenazmente, al bombardeo, por la aviación republicana, de la flota alemana que atacó a Almería el 31 de mayo de 1937.

Indalecio Prieto, ministro de Defensa, proponía el bombardeo de la flota de guerra alemana, para internacionalizar el conflicto español, lo cual era tener visión estratégica, pero Stalin ordenó a sus agentes y al Partido Comunista español que denunciaran el «aventurismo de Prieto»; si ello no daba resultado retirar los ministros comunistas del gobierno; en último extremo habría que atentar contra la vida de Prieto.

¿Cómo ganar así la guerra con un gobierno de medianías, que daba todo por las democracias burguesas sin contrapartida de nada, que hipotecaba el oro de España en Rusia (para quedar el país atado económicamente de pies y manos), que no estimulaba la revuelta marroquí nacionalista contra Franco, que Negrín (ministro de Hacienda) negaba créditos a las colectividades y fábricas controladas por la C. N. T. y que dejaba desarmado el frente de Aragón porque allí regia el comunismo libertario, mientras en Vasconia imperaba la burguesía, sin representación de la C. N. T. en el gobierno vasco, aunque la C. N. T. estuviera representada en el gobierno de Valencia, presidido por Largo Caballero?

CONTRASENTIDOS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA

El gobierno republicano, con Giral, Largo Caballero o Negrín, fue dócil a las sugerencias moderadoras de Moscú, París y Londres, que frenaban la acción revolucionaria de las masas populares hispanas; pero dejaban hacer a los barcos de guerra y a los aviones nazifascistas de Hitler y Mussolini, desde el alzamiento faccioso, tanto que los aviones alemanes transportaron de África cerca de 30.000 soldados hasta Andalucía, para desencadenar la ofensiva de Extremadura hacia Madrid.

Durante el asedio de Bilbao por los franquistas, yendo las divisiones italianas al lado de las brigadas navarras de Solchaga, la flota facciosa, arrogantemente, decretó el «bloqueo del Cantábrico», para que no llegaran abastecimientos británicos a los católicos vascos. El «Almirante Cervera», crucero faccioso, comunicó a los barcos de guerra ingleses que las aguas territoriales españolas se extendían hasta las tres millas. El almirante Blake, desde el acorazado «Hood» respondió que Inglaterra no lo reconocía así, pero no hizo nada para demostrarlo. Cuando el buque mercante inglés «Seven Seas Spray» forzó el bloqueo rumbo a Bilbao, un destructor británico le comunicó que lo haría por su cuenta y riesgo. Y los franquistas no hicieron nada contra él.

Los aviones de «La Legión Cóndor», lo más escogido de

la fuerza aérea de Goering, podían destruir Guernica, transportar moros, legionarios y tropas desde África a España, los submarinos italianos y alemanes, cruceros y ocarazados, actuaban impunemente en las aguas del Mediterráneo y del Atlántico, cerca de España, para ayudar a los franquistas (para tirar a pique barcos soviéticos), mientras Francia e Inglaterra regateaban la venta de material de guerra al gobierno republicano, incluso pagándolo en oro contante y sonante. Tanto que en Francia quedó en 1939, una partida de unos 50 millones de dólares oro sin gastar (luego devueltos a Franco), debido a que el gobierno francés no hacía nada contra Franco, para dar satisfacción al gobierno inglés, a los conservadores Baldwin, Eden y Churchill, partidarios de la no-intervención que dejaba intervenir militarmente a los italianos y alemanes en España.

Frente a la política de las democracias burguesas, nuestra política debía haber llevado la guerra revolucionaria a Marruecos, con dinero y armamento españoles, y crear una enorme guerrilla en las retaguardias del ejército faccioso, para no ser esclavos de los envíos de material de guerra soviético y de las políticas ambivalentes de las burguesías liberales conservadoras de Inglaterra y Francia, más decisivas en su ayuda a Franco que los socialistas franceses y británicos con el gobierno de Giral, de Largo Caballero o de Negrín.

La guerra del Viet-Nam ha demostrado que una guerrilla puede abastecerse, principalmente, a expensas del enemigo; pero, para qué buscar un ejemplo reciente, los guerrilleros españoles, de la independencia contra Napoleón, probaron que se puede vivir y prosperar militarmente con unidades livianas guerrilleras, haciendo sabotajes, guerra a las comunicaciones del enemigo, emboscadas, operaciones contra tropas aisladas de su grueso, etc. La guerrilla nació en España, no en el Viet-Nam ni en ninguna otra parte, se entiende como un ejército de franco-tiradores que llega a constituirse finalmente en ejército de liberación, uniendo la guerra revolucionaria a la política democrática de liberación nacional.

Pero... ¿cómo ganar una guerra, como la guerra civil de España de 1936-1939, si en el frente Norte los vascos tenían capellanes en sus milicias y los asturianos comisarios; si en Vasconia se respetaba la propiedad privada y en Asturias había sido abolida, para las grandes empresas? Ello explica que los dirigentes vascos entregaran al enemigo unos 1.560 prisioneros, dejándoles irse entre las líneas de fuego para evitar sobre ellos las represalias de los asturianos.

Cuando el enemigo se acercó a Bilbao, los anarquistas volaron los puentes y ejecutaron, como traidores, a algunos nacionalistas vascos partidarios de la rendición. Una unidad de «gudaris», de unos 1.200 guardias del orden pasó a la acción contra los militantes de la C. N. T. y contra los milicianos asturianos y santanderinos que trataban de organizar la defensa de Bilbao. Si se hubiera combatido en las calles el enemigo habría sido detenido como en Madrid, haciéndole muchas bajas, pero la burguesía vasca republicana prefería conservar sus viviendas y fábricas intactas, lo cual prueba que contra elementos de la misma clase explotadora es difícil llevar a cabo una guerra civil: se requieren para ello dos grandes clases antagónicas

ENSEÑANZAS DE LA REVOLUCION

La capitulación del frente Norte se debió, en gran parte, a la falta de una estrategia coherente que combinase la guerra de guerrillas y la guerra de frentes regulares en toda España, para distraer una enorme masa de tropa franquista, en sus retaguardias sublevadas por los guerrilleros de la libertad, de la reforma agraria, de la liberación popular y del socialismo.

Como los socialistas y los comunistas dieron cobertura política a los nacionalistas vascos para que no figurara la C. N. T. en el gobierno de Vasconia, es evidente que con esa política reforzaban a la burguesía vasca, que se negó a la defensa de Bilbao y capituló, entregando sus tropas en Laredo y Santoña en el mes de octubre de 1937 a los generales italianos. Pero el pacto vasco-italiano fue desconocido por Franco, dejando prisioneros a todos los nacionalistas vascos, que abandonaban la defensa de Asturias y Santander bajo el ingenuo sentimiento político de que era una lucha que no les concernía, una vez perdida «su patria vasca». Es hora de que comprendan, de una vez por todas, los nacionalistas vascos y autonomistas catalanes y otros por el estilo, que no hay liberación regional sin instaurar una República Federal Española, base de la liberación nacional y regional. Hoy, como ayer, si se centraba la represión contra Vasconia o Cataluña, sólo la guerra revolucionaria hasta Andalucía y Extremadura, hasta todas las regiones del país, se conseguiría la libertad para vascos y catalanes. A la hora de las fronteras del satélite artificial, que da la vuelta a la Tierra en una hora, no debemos pelear por las fronteras feudales de la época del caballo. España debe ser una República Federativa, incluyendo también a Portugal, pues en la era atómica, cibernética y astronáutica, tiene más efectividad histórica y política la región económica que la provincia, propia del liberalismo, de la era del vapor, de las Cortes de Cádiz, a comienzos del siglo XIX.

Los vascos, que abandonaron las armas en Santoña y Laredo, que se negaron a ser guerrilleros, en un terreno con población favorable para ellos, dejaron el campo abierto al fascismo franquista, responsable del bombardeo de Guernica y del fusilamiento, no sólo de buenos burgueses vascos, sino de sacerdotes vascos y nacionalistas.

La guerra en el frente del Norte debía ser conducida por jefes revolucionarios y guerrilleros como Espoz y Mina, Malasana, «El Empecinado», para aferrarse al terreno montañoso, combinando una tropa regular veloz con una vasta guerrilla, a fin de no dejar salir a Franco de ese foco por medio de batallas grandes a duración breve. Nuestra mala estrategia no supo obtener ventajas del general tiempo y del general espacio, que siempre ganan, cuando tienen población favorable. La vieja estrategia aspira a la ocupación del espacio por medio de la fuerza bruta del material de guerra y del número de soldados; pero la nueva estrategia trata de obtener el control de la población: el solo factor decisivo de la victoria militar; entre la estrategia logística (material de guerra y soldados) la estrategia de duración (prolongar una guerra ganando la población hasta que se desmoralice y abata un enemigo poderoso), siempre gana la población insurreccionada y no los militares profesionales.

A la caída del frente Norte, el 2 de octubre de 1937, en Gijón, el general Pradas, con el asentimiento de los asesores soviéticos, de los militares comunistas y profesio-

nales Ciutat, Linares, Francisco Galán y almirante Fuentes, con la venia de socialistas y comunistas, se abandonó un frente con 45.000 hombres armados, que se podían haber convertido en un vasto ejército guerrillero, en terreno y población favorables, para no dejar que las divisiones franquistas del Norte fueran el Centro, Aragón y Levante, a decidir la victoria del lado del fascismo. Miles de asturianos quedaron sin dirección revolucionaria. Sólo un jefe de brigada no acató la orden del general Pradas para abandonar la lucha: el comandante Carrocera, un anarquista de verdad, un combatiente, que se hizo guerrillero, hasta que perdió la vida combatiendo. Los militares profesionales, a quienes Largo Caballero había dado el mando del frente Norte, no estaban preparados para convertirse en guerrilleros; miles de combatientes, que salieron en barquitos pesqueros fueron hechos prisioneros, en el mar por barcos fascistas.

¿Cómo ganar así una guerra, cuando Belarmino Tomás y Amador Fernández, dos dirigentes socialistas, dos ministros del gobierno asturiano, salieron el día 5 de octubre para Francia a fin de negociar con los franquistas un armisticio a cambio de no destruir la industria pesada asturiana en poder de los republicanos? En vez de hacerse guerrilleros, los dirigentes se convertían en diplomáticos capituladores. ¿Cómo ganar así la guerra civil en España de 1936-1939?

Al revisar la historia de la Revolución Española no lo hacemos con resentimiento, parcialidades y odios contra determinados hombres y partidos políticos. Nos hemos propuesto sacar las enseñanzas más positivas de la epopeya de los años de fuego 1936-1939, para que nos sirva ahora pedagógicamente para derrocar a Franco: inconvertible en su poder omnimodo 30 años después, como si fuera un poder de hierro cuando, en realidad, es un poder de cartón, pues se trata de un «caudillo» de paja siempre que hoy sepamos emplear contra él la estrategia de la guerra revolucionaria.

Si hay alguna región que presente todas las características favorables para liquidar la dictadura de Franco, esa región es Vasconia, donde el 90 por 100 de la población es contraria al franquismo. Las equivocaciones de 1937, con la capitulación de Laredo y Santoña, con la rendición de los nacionalistas vascos, deben ser enmendadas en 1968, reforzando la Alianza Sindical.

MADRID Y LA «COMMUNE DE PARIS»

La situación en Francia, en 1870-71 era propicia a la revolución popular: una guerra perdida siempre produce una revolución cuando el pueblo cuenta con una vanguardia insurreccional. La derrota bonapartista de Sedán, frente al ejército alemán, creó todas las condiciones políticas para la revolución de marzo de 1871, en París, Lyon, Saint-Etienne, Le Creusot, Marsella, Narbonne, Toulouse, Limoges y otras comarcas y regiones de Francia.

Pero a diferencia de Madrid, en el 18 de julio de 1936, el 18 de marzo de 1871 en París, derivaba de un levantamiento interno parisino frente al ejército vencido en Sedán, que, con la venia de los prusianos, luego habría de poner sitio a París. Madrid, al contrario, tenía el ejército reaccionario dentro de la ciudad; París fuera. Madrid venció dentro, en una vasta y encarnizada batalla, cuartel por cuartel, poniendo al pueblo en armas. Una vez

vencido el ejército, Madrid salió a la periferia tomando Vicálvaro, Carabanchel, Campamento, Leganés, Alcalá de Henares, Guadalajara, Toledo (parcialmente) y Cuenca. En cambio, la Commune de Paris no fue capaz de articular estratégicamente con Paris a Lyon, Marsella, Saint-Etienne, Narbona, Le Creusot, Limoges, Toulouse y otras «communes», levantadas en armas contra el bonapartismo, derrotado en Sedán. La estrategia de Madrid fue centrípeta, dentro de la ciudad, hasta vencer al ejército sublevado contra el pueblo; luego se convirtió en estrategia centrifuga, rompiendo el dogal estratégico de la urbe al tomar los cantones periféricos militares, situados a unos 10 a 50 kilómetros de la capital hispana, en dos grandes círculos concéntricos de hierro. Si Paris hubiera practicado la estrategia de Madrid, habría extendido la revolución a toda Francia en marzo de 1871, evitando así el sitio de los versalleses, conducidos políticamente por Thiers y estratégicamente por Mac-Mahon, vencido por Moltke, pero vencedor sobre los «communards».

Los «communards» no tuvieron una estrategia brillante: pudieron vencer al ejército de Mac-Mahon, mejor que lo había vencido Molke, en Sedan, a condición de tomar la ofensiva, como Madrid, en el 18 de julio de 1936, saliendo a la periferia, cercana y lejana, de la ciudad, a fin de conseguir autonomía logística: espacio económico apropiado, amplio terreno para la maniobra militar. Madrid, por consiguiente, tiene una vigencia absoluta en la estrategia insurreccional popular: las luchas urbanas en Estados Unidos, racistas y de protesta contra la guerra del Viet-Nam, indicarian, 30 años después de la Revolución Española de 1936-39, que el fin del capitalismo se centrará en la estrategia de la guerrilla y la guerra urbana, sobre todo, en países de fuerte base industrial, con más del 50 % de la población en las ciudades. Pero la guerra urbana, punto de partida inicial, ya sea como «recalentamiento» de las masas (guerrilla urbana móvil, oculta en los bosques de cemento), o bien guerra grande (Madrid 1936, Paris 1871, Petrogrado 1917, etc.); ambas formas de guerra deben tener presente que una ciudad levantada en armas, si se deja seducir por el localismo (cantonalismo o comunismo), sin salir a combatir por el espacio logístico apropiado, puede ser derrotada por un ejército regular que establezca un cerco estratégico, como hicieron los versalleses, en 1871, contra los «communards» de Paris.

Sin embargo, los revolucionarios «communards» contaban inicialmente con una correlación de fuerzas estratégicas que les era favorable el 18 de marzo de 1871. Tenían 126 batallones del ejército voluntario revolucionario, 66 mil hombres de la Guardia Nacional, 1.106.000 hombres de la guardia sedentaria, además una masa importante de artillería tomada en los arsenales de Paris. Los versalleses, el 18 de marzo, sólo disponían de un ejército de 63 mil hombres; pero pronto llegaron 63.000 soldados más; por un acuerdo entre Thiers y Bismarck, para reprimir a los «communards» fueron autorizados a llegar más y más soldados al cerco de Paris, en cuya periferia también estaban los prusianos.

La Comuna de Paris de 1871 sólo podía ganar sacando hacia afuera al pueblo en armas: tomando la ofensiva, inmediatamente, el 18 de marzo, para llevar la Revolución al resto de Francia uniendo así estrechamente con Paris los núcleos insurreccionales dispersos de Marsella, Lyon, Narbona, St.-Etienne, Limoges, Toulouse, etc. El 18 de marzo la correlación de fuerzas en presencia era fa-

vorable a los «communards» pero al no tener éstos la ofensiva sobre los versalleses, al quedarse en posición estática, creyendo que hay liberación local, sin triunfo nacional total, sin llevar la guerra revolucionaria, profundamente, a las retaguardias del enemigo, es así entregarse al dogal estratégico, al cerco del adversario, a la agonía económica de una ciudad.

En la estrategia, interviene menos la táctica que la política y la economía. Una ciudad, es sobre todo, un vasto complejo económico separado de la naturaleza: sus fuentes de materias primas y de abastecimientos, de alimentos, se encuentran en el campo. A la ley de la división social del trabajo entre campo y ciudad, propia del capitalismo, corresponde una estrategia en que, si no se hace una alianza obrera y campesina, no puede triunfar ni una revolución urbana ni una revolución campesina, independientes la una de la otra. Sin embargo, la Revolución triunfa más rápidamente cuando comienza en las ciudades y se extiende rápidamente al campo, saliendo el pueblo en armas desde las urbes a los campos.

EL TEMPLE DE LOS HECHOS

EN plena civilización capitalista, cuando la ley de la centralización del capital determina una centralización de la población en las urbes (en grandes empresas, tipo General Motors, con más de medio millón de obreros y empleados), es absurdo hacer la guerra a lo Robin Hood, en los bosques, despreciando, estúpidamente, la guerra de calles, la guerrilla urbana, hasta que ella produzca un levantamiento general como Madrid en 1936, Paris en 1871, Petrogrado en 1917, etc. A medida que se desarrolla el capitalismo concentra la población en las ciudades, mientras opera, dialécticamente, una despoblación en los campos. Si en la Edad Media, cuando el 80 o el 90 por ciento de la masa humana estaba en el campo, no han triunfado las guerras campesinas, es poco estratégico en 1967, volver a la guerrilla rural como única forma de abatir una sociedad burguesa, capitalista, urbana. He ahí lo que no han comprendido ni Fidel Castro, ni el «Che» Guevara, ni otros teóricos del guerrillerismo montaraz. Ello sería explicable políticamente: pues al no tener mucha clientela política en las ciudades el castrismo, piensa crear población favorable a partir de la guerrilla de montaña. Ello es un gran error estratégico y político: pues una pequeña guerrilla urbana, calentando huelgas, manifestaciones y haciendo pequeñas operaciones, podría producir, a partir de la guerrilla urbana, condiciones insurreccionales mejores que con la guerrilla rural.

La estrategia comprende la guerra total, todo un pueblo, una nación o un bloque de naciones, ejerciendo la violencia como un medio para realizar la política, por otros medios que los pacíficos. La guerra, sociológicamente, es una forma de la lucha de clases mistificada como lucha entre naciones y bloques de naciones, pobres y ricos, que se proponen siempre un nuevo reparto del mundo, de las zonas de influencia, de las materias primas, de los mercados, de la geografía económica y estratégica del mundo.

En la guerra total, cuya forma más lograda es la guerra revolucionaria, con todo un pueblo en armas, no hay que confundir lo estratégico con lo táctico, a menos de exponerse a perder la Revolución. Los «communards» de

París fracasaron más por la política que por la táctica: las tendencias autonomistas de «La Commune», opuestas a gobernar totalmente a Francia, crearon una política de guerra sin perspectiva estratégica amplia contra el enemigo, que pudo así moverse fácilmente, en tiempo y espacio, para acorralar a París que, sin sostén logístico, sin vincularse a toda la geografía de Francia, tenía, necesariamente, que sucumbir. Madrid, por el contrario, siempre unido al cordón umbilical de la Nación, resistió un sitio de 30 meses: se rindió el último día de la guerra, cuando todos los frentes fueron abandonados por una Junta de Defensa de Madrid, en que no había ningún revolucionario, ningún estratega de la guerra revolucionaria, que metiera una gran parte del ejército republicano, profundamente, en Andalucía, para extender la guerra en superficie, la guerra revolucionaria, en la retaguardia facciosa, donde la población le era menos favorable a Franco.

Como modelo de guerra urbana, Madrid aporta a la estrategia de la Revolución popular un capítulo vivo, siempre actual, un mensaje revolucionario permanente, que no tiene ni la Comuna de París de 1871, ni los movimientos revolucionarios europeos de 1848, cuando triunfaba en Europa la revolución burguesa liberal, si bien en Francia era ya una revolución social, con la economía de cogestión en los «talleres nacionales», forma de economía socialista recomendada por Luis Blanc.

En una guerra revolucionaria, si el pueblo está ya, en masa, en la calle, opera con una estrategia de guerra total, un vasto frente en superficie, por todas partes, para tomar al ejército regular de frente y de revés, como en Madrid, el 18 de julio de 1936; pero si hay que «calentar» progresivamente a la población, se recurre a la estrategia de la alcachofa: atacar poco a poco, con una guerrilla urbana y rural, combinadas, hasta que todo termina en una guerra relámpago, con el triunfo del bando que dure más moral y políticamente.

El talento y el genio

¿A qué hablar de talento y de genio? Esta superioridad, reclamada con tan ridícula insistencia por vuestras sedicentes capacidades, es una rapiña ejercida sobre el producto del trabajador que, bajo el pretexto de imperiosidad funcional, mantenéis en la sumisión. Desarrollad estas inteligencias, dad forma a estos órganos, emancipad estas almas, mortales agotados y secos por el egoísmo, y veremos a qué se reduce vuestra pretendida superioridad.

¡Talento y genio! Palabras sublimes con que la sociedad gusta recompensar, como a centinelas de avanzada en su camino, a éstos sus más precoces hijos, pero palabras funestas, que han producido más esclavos que el nombre de libertad ha hecho ciudadanos.

¡Talento y genio! A estos nombres mágicos, como una invocación a la divinidad, el rebaño de los humanos se prosterna; la voluntad muere en las conciencias subyugadas; el espíritu se detiene encadenado por la fascinación del miedo. «Mi genio maravilloso tiembla ante el tuyo», decía Nerón hablando de Agripina, y la historia nos enseña que el más cruel de los Césares fue sólo un niño pusilánime.

No dudemos ni un solo momento; todos estos viles cortesanos de una grandeza usurpada, todos estos pensadores sin energía, estos escritores sin carácter, estos imitadores serviles son hijos del miedo.

«Todos nacemos originales — dijo el poeta indomable de las noches —. ¿Cómo se comprende, pues, que muramos siendo simples copistas?»

Es que la aparición de una inteligencia nos quita

el sentido del valor. Es el miedo que vuelve estériles ciertas épocas, como ciertos estados tributarios; es el miedo de los siglos antiguos el que trae la era de las decadencias, y cuando los tiranos quieren subyugar a las naciones, les infiltran el miedo a la virtud, les dicen que no es tiempo ya, que han degenerado sus padres.

He aquí por qué las sociedades han tenido, hasta el presente, periodos de sueño y de renacimiento; he aquí por qué toda manifestación del espíritu, igual que la de la libertad, ha principiado por la rebeldía. El hombre, anulado al principio ante estos ídolos que en su imaginación cree terribles, recupera insensiblemente el perdido valor; con el tiempo y el hábito, su miedo y su respeto disminuyen; cansado de obedecer, levántase de improviso, y mucho tiempo antes que su razón, su corazón ha proclamado la igualdad.

Dejad, pues, crecer estas jóvenes inteligencias a las que asustan vuestras demostraciones de genio, y cesad de mendigar para el talento una indigna gaveta, cuando tantas almas vense privadas del espiritual alimento. Quien no ha podido concurrir no merece tampoco que se le hagan cargos por ello, y nadie tiene derecho de llamar cobarde al que la servidumbre ha mutilado. ¡Ah! Desatad esa mano que la miseria tiene atrofiada, dad impulso a ese pensamiento cautivo, colocad a ese hombre en las condiciones que Natura quiera y empujadle en su fuerza y en su juventud; después, si se sonroja ante sus iguales, si el respeto de sus semejantes le humilla, si se aparta de la más noble misión, oíd: no es un ciudadano, es un esclavo.

P. J. PROUDHON

Puntualizaciones revolucionarias

OPOSICION. f. Acción de oponerse; oposición sistemática. Contraste entre dos cosas. Posición de una cosa frente a otra. Concurso, examen para la obtención de ciertos empleos. Minoría que se opone a los actos del gobierno.

CLANDESTINIDAD. f. Carácter secreto.

Clandestino, na, adjetivo: Secreto: reunión clandestina. En resumen: son los descontentos contra un determinado estado de cosas que están fuera de la ley.

Sin lugar a dudas hay muchas maneras de hacer oposición. Existe la obstrucción parlamentaria que va minando lentamente la obra del adversario o enemigo. También existe la oposición crítica que, con razones sobradas o por sistema, ni hace ni deja hacer. Ciertas maneras de oposición son puramente contemplativas, o si se quiere, platónicas. Y hay la oposición resuelta, gallarda y práctica que no compone ni transige ni deja en paz al enemigo para que no se rehaga. Cuando esta forma de oposición toma cuerpo, ha de pasar a la clandestinidad para no ser dominada. Deja de ser concurso, o examen para la obtención de ciertos empleos, de ciertas ventajas y prebendas en el poder. Es la minoría que aspira a ser mayoría, o la mayoría desbancada por la violencia del enemigo que va en busca del terreno perdido, de la batalla frustrada, trocándola en victoria; del triunfo cueste lo que cueste.

Si la clandestinidad no tiene un carácter puramente secreto lleva todas las de perder. El que está fuera de la ley debe aspirar a burlar la ley, no cayendo esclavo ni prisionero de ésta. Ha de hacerla polvo, para imponer su hegemonía. En toda lucha hay vencedores y vencidos.

Se trata, pues, de vencer. Y se vence convenciendo, o mejor dicho, convirtiendo. Pero esto no es posible más que en tiempos de paz. Cuando se está en guerra, hay que ganarla cueste lo que cueste; y si no se quiere la guerra o repugna, lo mejor es no aceptarla. (Entregarse materialmente antes de entablar la lucha decisiva). Esta actitud adoptada por tribus, grupos y civilizaciones a través de la historia, les ha conducido a desaparecer, siendo embebidas y engullidas por los más fuertes.

La oposición puede permitirse el lujo de conllevase, de dejar hacer; aspira a una voluntad de potencia puramente hipotética. La clandestinidad es el ser en activo, la potencia que no puede declinar en ningún momento, la lucha ineludible que

sólo tiene escrito un lema en el arma de combate: **el triunfo.**

Cierto que la clandestinidad, por correr todos los riesgos, ha de manejar la astucia, recurrir a la habilidad, tomar los objetivos por donde haya menos dificultades y ocasionan menos pérdidas. Quienes están en guerra deben tener en cuenta la frase de siempre: «Ojo por ojo y diente por diente», que los revolucionarios modernos han convertido en otro axioma: «¿Qué importa la salvación de uno solo si queda el viejo mundo en pie!»

Se acepta la lucha o no se acepta. Se es más cuanto más se lucha. La clandestinidad es la antecámara de la muerte, o el camino esplendoroso que lleva a la victoria. No puede abandonarse la clandestinidad más que en una ocasión única: la de haber aniquilado completamente al enemigo común de todos. Las grandes causas no capitulan. Los hombres íntegros no ceden. El grito de Goethe vuelve a resonar como mensaje de combate: «Que la victoria pase por encima de los templos».

LA NOCHE

por Juana de Ibarbourou

La fábula del día
Termina en la garganta de la tarde
De túnica morada. Sólo arde
la última palabra desmedida,
La del amor que no se acaba nunca,
Final mentira.

La noche, bestia triste.

Llega insomne y callada,
Ni un ángel la custodia
Ni siquiera la mide la esperanza.

Cuando la luz retorna
Y el aljófár endulza las gramillas
Del alba, siempre desesperada
Se ahorca en el ciprés de la mañana.

La noche, bestia ávida.

Y de su muerte se alza el nuevo día
Ahito de dolores y de trampas.

ROMANCE CABAL PARA ANTONIO

(¡Si Federico estuviera aquí con nosotros!)

Antonio Machado y Ruiz,
hijo y nieto de silencios,
con una mano en la aurora
y otra sangrando en el pecho,
viene digno y bien plantado
vestido de polvo y negro.
La verdad, hecha palabras,
le brilla en los ojos llenos
de una amargura que canta
por las orillas del Duero.
Y la canción entonada
con la sangre fría en medio,
la repiten asustados
olivares y robledos.
Y en lo hondo del camino
que hay de la Idea al Pueblo,
guardia civil patriotera
pica en su llaga el acero.

El día se queda corto
para escapar del asedio.
La luna perpleja agota
su plata sobre su espejo
que las niñas españolas
esquivarán en sus sueños.
La tarde cae sorprendida
de ver al ocaso preso
entre barrotes de llanto
frío con fríos eternos.
Margarita, ensangrentada,
se hace amapola en el seno
de la tierra abierta y pronta
para enterrar a sus muertos.
Las aceitunas esperan,
carcomidas en sus huesos,
ungir la frente arrugada
del dolor que hay en el yermo.

Antonio Machado y Ruiz,
de su tristeza hijo y nieto,
se va cargado de muerte
entre limpios desesperos.

Don Antonio, ¿tú, quién eres?
Si te buscaran el cielo,
en tus manos se hallaría
con una espina por cetro.
¿Se arrebatan las campanas
de las yemas de tus dedos?
¿Qué rabias de alarma lírica
se te escapan de tus versos?
Que tú eres hijo de España
y un toro te sangra dentro,
como una fuente de gritos
que se ahogaron sin saberlo.
¡Ya se acabaron las horas
de Soria, donde te vieron
con tu lirismo andaluz,
tu buena palabra haciendo!
Y entre el dolor y las palmas
del cante y del desespero,
están raras las distancias
que hay de Jerez a Toledo.

En el año treinta y nueve
se acabaron sus alientos
en un lugar donde el aire
dijo España y puso un beso.
Francia, otorgando tenía
un culpable pensamiento
y cerró con cruces pardas
la línea del Pirineo.
Y en el año treinta y nueve
Castilla toda, de negro,
se exilia en la eternidad
de estos brotes de renuevo.

CARA AL SURCO

Grabado en Cristóbal

¡Ay, Cristóbal!, la raíz quemada
de nuestro español, que pregunta a cada
surco, como si fuera de pan:
¿y habré de comer mañana?

ABARRATEGUI

LA IDEA

por EUGEN RELGIS

A veces en mi despiertan
sentidos desconocidos
que vienen de la hondura de la noche,
de mundos que murieron hace mucho.
Me pregunto asombrado por qué vivo
tan tarde, en este siglo...
Podía haber nacido en otros tiempos
venturosos, felices.

Envuelto en sombras pálidas me quedo
en prolongada espera
y escucho en mí mismo y me parece
que otra vida está corriendo en mí.
Los seres fantasmales se deslizan,
luego se desarrolla en un abismo
la escenificación paradisiaca,
y me veo a mí mismo en el antiguo Edén.

Camino alegre bajo espesas frondas,
estoy vagando desde la alborada,
y miro tantas cosas
curioso y siempre ingénuo...
Bajo a un manantial por un declive
para saciar mi sed
y luego, codicioso,
tiendo mi mano hacia las frutas altas
hasta que muerdo la sabrosa pulpa.

Me acuesto ahito en la mullida hierba
bajo los cielos deslumbrantes, cálidos.
Mi cuerpo se sumerge en los ensueños
y el silencio murmura junto a mí.

Cuando palpo mi pecho
yo siento los latidos
y los escalofríos del corazón,
ya que de algún lugar corre la vida,
despacio, y se escurre no sé a dónde...
Y siento el primer deseo lúcido.
¿De dónde viene? ¿Acaso desde el cielo,
de las copas frondosas o del sol?
— Y penetra la duda y me taladra...

¿Tú quién eres? ¿Quién eres?
De un salto, confundido, miro a mi alrededor
y oigo los golpes de mi corazón.
Dispuesto a degollar, salvaje y cruel,
busco a la fiera ¿Quién eres?
En vano: no la encuentro, no la veo...
Me recuesto en la hierba y, sonriendo,
de nuevo me hundo extático en la paz...

(Versión castellana de P. R. Troise.)